

Revista Iberoamericana

Organo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Publicación a cargo de:

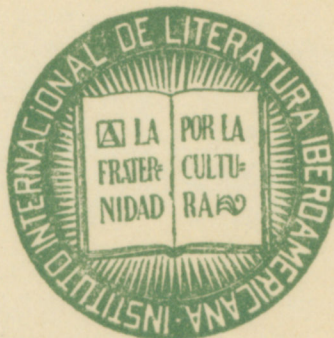
Carlos García-Prada, Jefe de Redacción
University of Washington, Seattle, 5, Wash., E. U. A.

Francisco Monterde, Director Técnico
Universidad Nacional de México, México, D. F.

Redactores:

John E. Englekirk
Coordinador de Asuntos Inter-
Americanos
Commerce Building, No. 7718
Washington, D. C.

Gastón Figueira
Magallanes No. 1070
Montevideo, Uruguay
Henry A. Holmes
College of the City of New York
New York, N. Y.



Andrés Iduarte
Barnard College-Columbia University
New York, N. Y.

Raimundo Lazo
Universidad de La Habana
La Habana, Cuba

Sturgis E. Leavitt
University of North Carolina
Chapel Hill, N. C.

E. Herman Hespelt
(Sección de Anuncios)
New York University
New York, N. Y.

21 de junio de 1945

Sr. Daniel Cosío Villegas
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Pánuco 63, México, D. F.
México.

Querido amigo:

En contestación a su buena carta del 4 del corriente, que mucho le agradezco, me permito manifestarle:

a. Que hallo muy puestas en razón las opiniones de las autoridades de El Colegio de México en relación con el estado actual de mi manuscrito ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS, y que conviene hacerle algunos cambios para que su publicación sea posible.

b. Que los ensayos sobre Gabriela Mistral y Teresa de la Parra son defectuosos, no sólo por carecer de actualidad, sino por estar llenos de conceptos que sería necesario revisar y expresar mejor; y que el estudio sobre Julio Arboleda (que nunca me gustó a mí) no vale nada junto a otros.

c. Que el ensayo sobre Barba Jacob sí me gusta a mí, y les suplico que lo incluyan.

d. Que algunas notas de libros pueden descartarse. Y

f. Que en vista de estos cambios, les suplico a ustedes que consideren la Portada, la Dedicatoria y el Índice que aquí le incluyo, descartando las que antes le había enviado. Como verá, quedaron por fuera los ensayos sobre Mistral, de la Parra y Arboleda, y varias notas de libros. Además, se presentan los ensayos, no precisamente en su orden cronológico, sino en otro, que mejor corresponde a su naturaleza. Creo que así quedará un tomo más aceptable para el público.

...

Mucho le agradezco la franqueza con que me han señalado esos defectos del manuscrito. Como yo vivo aquí tan aislado, no tengo la oportunidad de consultar las cosas en toda forma, y me quedo sin quien me las diga a tiempo y sin reticencias.

...

Para otro día le hablaré de los CLASICOS DE AMÉRICA. Con la esperanza de que El Colegio de México me favorezca con la publicación pronta del libro, y en las condiciones apuntadas en una de mis anteriores, les envía a usted y a Gonzalo Robles un abrazo, y a don Alfonso Reyes un saludo, su muy afecto y leal amigo,

Carlos García Prada

Carlos García-Prada

3

A ALFREDO GONZALEZ PRADA

Homenaje de cariñoso recuerdo

PALABRAS DE EXPLICACION

5

Cuando Alfredo González Prada leyó las páginas que intitulé Zurce que zurce líricos chismes, se apresuró a escribirme diciéndome: "¿Por qué no reunes en un tomo tus trabajos de crítica literaria, que harían un libro notable?"

La feliz y generosa sugerencia del amigo a quien dedico este libro, en homenaje de recuerdo cariñoso, me ha animado a reunir en Labor americanista los ensayos leídos en conferencias y congresos de hispanoamericanistas y los que sirven de introducción a mis ediciones de libros ajenos, y las notas publicadas en la REVISTA IBEROAMERICANA, que dirijo desde su aparición en 1939.

Dispersos como andan, estos ensayos y notas de interpretación y de simpatía literarias responden sin embargo a un solo afán: el de difundir el conocimiento de las letras hispanoamericanas, y contribuir con ello a la formación de una consciencia continental de americanidad amplia y libre de prejuicios y rivalidades regionalistas. Creo que sólo los letrados de América sienten de veras su unidad espiritual, y saben hermanar sus aspiraciones y luchar sin tregua por sus libertades. Por eso me atraen. Si el lector halla aquí muchos ensayos y notas de sabor colombianista, débese ello al hecho de ser Colombia mi patria de origen, aunque es la América la patria ideal que más amo y por quien vivo.

En Labor americanista, ensayos y notas aparecen en orden cro-

4

nológico, y al final de cada uno figuran el lugar y el año en que se imprimieron por primera vez, ya que muchos han sido reproducidos en varias revistas y periódicos del Continente. Reunidos en volumen, los echo al viento con la esperanza de que les sean útiles a los estudiosos, si no al público en general, que tan poco se interesa ahora en los problemas literarios, con ser éstos de tanta importancia cultural. Y los echo, agradecido, bajo los auspicios del Fondo de Cultura Económica de México, cuyos miembros buscan y acogen todo afán vivo de renaciente americanidad.

del Colección de

Carlos García Prada

CARLOS GARCIA-PRADA
University of Washington, Seattle -5, Wash.

LA DESOLACION DE GABRIELA MISTRAL

En los últimos años el pueblo chileno ha despertado a la cultura artística. Ese pueblo admirable --que ayer no más se sentía orgulloso de sus triunfos en el campo de la acción comercial e industrial, y que se gloriaba de haberles dado solución, transitoria que no real y permanente, a sus problemas económicos, políticos y sociales-- vuelve ahora los ojos a la poesía... Ya no cree, como antes, que los poetas son seres débiles, inútiles y aun perniciosos. Los "yanquis del Sur" aceptan ya la obra de sus creadores de belleza, convencidos de que no sólo de pan vive el hombre. Se nota entre ellos la aspiración al arte, y sus poetas llaman la atención del público culto dondequiera que se dan a conocer. En estos momentos, los ojos de muchos se posan en el más caracterizado de todos, Gabriela Mistral, la genial poetisa que ha descubierto la espiritualidad dormida en el alma de su pueblo. La obra de Gabriela, esparcida en revistas y periódicos de América, va ganando admiradores y amigos, y discípulos también, en todo el mundo español, y va llegando a playas extranjeras. No hace mucho tiempo, y gracias a la feliz iniciativa del Instituto de las Españas, de Nueva York, tal obra fué publicada en un libro intitulado Desolación, que, por su riqueza de pensamiento y de emoción, debiera estar en la biblioteca de todos los que se interesan en las letras hispanoamericanas.

Difícil es al presente formular un juicio definitivo acerca

de la labor literaria de esta chilena singular. La Mistral es joven y su obra está incompleta. Los años le irán enseñando muchas cosas, y le darán la técnica adecuada para lograr los frutos de madurez que todos esperamos. Nos contentaremos con decir algo acerca de su libro, dejando para más tarde, o para otros, la tarea de apreciarlo con justicia.

Desolación es uno de esos libros, escasos en toda literatura, que atraen y deleitan por su lenguaje único, jugoso y comprensible. Al leerlo nos domina la inefable inquietud que se experimenta en presencia de algo nuevo, fuerte, relevante y significativo. Es un libro que pinta muy a lo vivo la personalidad moral de la autora. Sin embargo, hay en él perspectivas tan llenas de frescura y empapadas en lágrimas tan amargas, que para el lector del Norte sus páginas pueden resultar exageradas e incomprensibles. Conviene, pues, que nos detengamos a considerar el ambiente moral y emocional en que se escribieron.

En Desolación --dividido como está en varias partes-- se manifiestan las diferentes etapas de la evolución espiritual y cultural por las cuales ha pasado su autora. Son cinco: "Vida", "La escuela", "Dolor", "Naturaleza" y "Prosas". Son todas admirables.

Vienen primero los poemas de la adolescencia, delicados y sencillos, inspirados en el amor a la vida y a la naturaleza. Se cristalizan en ellos los ensueños de un alma pura que halla, al comenzar su carrera, un estremecimiento de apacible alegría

en todas las cosas, y que se lanza ingenua y blandamente en pos de un alto ideal de bondad y de belleza. Gabriela pasó los primeros años de la vida en un pueblo andino, y allí se dió a la contemplación. Así brotaron esos poemitas deliciosos y alados, transidos de lirismo infantil. Su autora, enamorada entonces de un joven que era "su vaso de frescura", "el panal de su boca" y "el gorgceo de su oído", canta en ellos las excelencias del amado. En esos versos iba dejando el perfume de un amor íntimo, reverente y dulcemente conmovido... Bendecía entonces a los hombres y a la vida.

Mas pronto el destino puso en el alma de Gabriela una gota de amargura: el hombre que para ella era "la dulce razón de la jornada" murió trágicamente, llevándose consigo la dicha que ella había conocido en la tierra. Desde ese instante vive sumida en desconsuelo, hablándole al ausente:

Sabrás que en nuestra alianza
signo de astros había
y, roto el pacto enorme,
tenía^s que morir.

Se ve en estas palabras la idea que del amor tiene la Mistral. Un aliento de fatalismo las inspira: para ella los amantes se buscan en la vida obedeciendo un impulso eterno, predeterminado por fuerzas morales inexorables. Además, vemos en ellas el sentido de la tragedia que rajó el corazón de la poetisa, dejándolo pobre de alegría y de esperanza.

El pacto solemne fué quebrantado, y sobre el amante cayó "la tremenda albura" de la muerte. En el mundo quedó la víctima, para cantar su desolación y pedirle a Dios paz y perdón para aquél.

Al morir el "que tenía la frente henchida de milagro como la primavera", comienza para la Mistral una vida nueva: su alma se vuelve más grave, y su obra más honda y universal. La poetisa dejó el mirador desde el cual contemplaba el desfile de la vida en sus manifestaciones superficiales, y se adentra en su propio ser, y al ahondar en él, descubre la recóndita tragedia del amor moderno, haciéndonos comprender y sentir el dolor universal.

Como dice Unamuno, "entre los pueblos hechos a la vida interior, es el amor lo más trágico que se conoce: es algo como el consuelo en el desconsuelo; algo como el ansia de lo eterno y de lo infinito dentro de los límites estrechísimos que al hombre imponen el tiempo y el espacio". Busca el amor en el amado lo que está más allá de él y por encima de él, y como no lo encuentra, se desespera y se consume dentro del fuego de su propia aspiración. Desde Platón hasta nosotros, y al través de dos mil años de idealismo cristiano, busca el amor en la tierra a quién pudiera en sí encarnar un altísimo sueño de perfección que no cabe dentro de los límites de la realidad individual y concreta. El pathos del amor consiste en querer encerrar en un vaso de arcilla el dinamismo entero y eterno de una idea, o, en otras palabras, consiste en querer darle objetividad a un concepto lógico, sin conseguirlo nunca. Este amor --platónico en su esencia-- es trágico, por no poder desprenderse del sentimiento, que es ajeno a la inteligencia. Y es un amor carnal, aun dentro de su elevada y dolorosa espiritualidad. Así lo vemos en la poesía ingenua, fuerte y gemebunda de Gabriela Mistral. Esta mujer --como Santa Teresa ayer y como la Storni ahora, y dentro del mundo de habla española-- nos

revela la virtud del modernismo sentimental, sin llegar a las cumbres intelectuales a que ascendieron Platón y Espinosa: aun en sus vuelos más nobles, la Mistral va envuelta en su peplo de bacante. Hay temblores de carne torturada en todos sus versos. Y ansias de sufrimiento aun en la plenitud del éxtasis. En ella --como en los escritores místicos de España-- delira ese peculiarísimo deleite del "muero porque no muero", el cual, según ellos, encierra la quintaesencia de la gracia divina, que le arranca lágrimas y suspiros al alma y le da alas para volar hasta lo Alto y entrar en comunión íntima y directa con el Amor Supremo. Se trata de un espasmo barroco de la carne que anhela y no consigue la caricia de otras carnes, y que se convierte así en poemas, o en retablos, o en columnas salomónicas de extraños retorcimientos...

Empero, para la Mistral no reside el amor en gestos pasajeros de pagana voluptuosidad, ni es flor de cristiana caridad ni ciego impulso biológico. Es eso y más....:

Mi amor no es sólo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.
Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho;
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

Este concepto es religioso, y carece de novedad, pues lo hallamos en Platón y en las viejas mitologías griega y oriental. Sin embargo, en la Mistral adquiere una luz nueva, por la sinceridad con que lo expresa una mujer.

Según la poetisa chilena, sólo la mujer puede sentir el amor en su índole más pura y trascendental. La mujer --dice-- "se siente

sola" aun cuando el hombre "la oprime entre sus brazos" y recibe ella "el licor sagrado de la vida" que descende, abundoso y callado, del "Supremo Henchidor" a su vientre propicio. El amor es así el medio de que se vale Dios para conservar en la tierra el impulso creador y ascendente de la vida, y para manifestar Sus propios designios.

No nos extrañemos si la Mistral se muestra tan desolada: Quiso "hallar en un beso la eternidad", y no lo consiguió; quiso ver lo infinito en el cuerpo de su amado, y éste murió; se sintió sagrada al pensar que llegaría a ser madre de un niño ^{que} había de llevar en su frente las huellas de Dios, y falló; lo pidió todo a la vida, y ésta le fué negando lo que más quería y anhelaba. Su soledad es tremenda:

Mi madre ya tendrá diez palmos
de cenizas sobre la sien.
No espigará entre mis rodillas
un niño rubio como mies...

La selva hecha cenizas retonará cien veces
y caerá cien veces, bajo el hacha, madura.
Caeré para no alzarme en el mes de las mieses
!conmigo entran los míos a la noche que dura!

El vivo recuerdo de quien cifró su grande amor viene siempre a su memoria y pone en sus labios palabras deliciosas. El amado era "un manojito de ternura" que ella llevaba "entre sus carnes, como un infante, temblando". Y como le habla y él no le responde, se dirige a Dios pidiéndole lo que no puede alcanzar:

!Si Dios quisiera volvérteme
por un instante tan sólo!
!Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!

Abandonada y triste, se conmueve al pensar que el tiempo haya de robarle ese recuerdo, y grita:

Te acostaré en la tierra soleada, con una

dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Y como se acongoja al figurarse que Dios no lo habrá perdonado,
su canción se convierte en plegaria:

¿Dices que enturbió para siempre mis linfas de alegría?
No importa! Tú comprendes: yo le amaba, le amaba!
.....
Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebel tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.
!Dí el perdón, dílo al fin! Va a esparcir en el viento
la palabra el perfume de cien pomos dedolores
al vaciarse;
toda agua será, deslumbramiento;
el yermo, echará flor y el guijarro esplendores.
Se mojarán los ojos oscuros de las fieras,
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
!Toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

No es sólo la muerte de su novio y la de sus padres lo que la
abruma, sino también el no ser madre:

Yo quise un hijo tuyo y mío
allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente...
Decía: !un hijo! como el árbol conmovido
de primavera alarga sus yemas hacia el cielo.
!Un hijo con los ojos de Cristo engrandecidos,
la frente de estupor y los labios de anhelo!

Para ese hijo soñado, "que nacería vestido de canciones",

yo extendía mi brazo, yo ahuecaba mi pecho;
mi corazón, confuso, temblaba al dón inmenso
!y un llanto de humildad regaba mis mejillas!

Y como no vino al mundo el que había de "ungir las colinas del mun-
do", exclama ella, desesperada:

Baldías del hijo, rompo
mis rodillas desoladas,

y se vuelves a Dios con quejas amargas:

Padre nuestro que estás en los cielos,
 ¡por qué te has olvidado de mí!
 Te acordaste del fruto en febrero
 ¡al llegarse su pulpa rubí!
 Te acordaste del negro racimo
 y lo diste al lagar carmesí;
 y aventaste las hojas del álamo,
 con tu aliento, en el aire sutil.
 ¡Y en el ancho lagar de la muerte
 aún no quieres mi pecho exprimir!

El alma apasionada de Gabriela Mistral encierra un gran tesoro de bondad. Todo lo personaliza su lirismo. Como poeta, les señala a los hombres un rumbo nuevo, elevando la canción a oficio divino. Como madre en potencia, le da a la maternidad la nobleza y la dignidad de un sacramento, y hace del niño un grave problema social.

Es vitalista. Si no fuera cristiana, tendría un gesto, no de piedad sino de desdén para los seres infecundos:

La mujer que no mece un hijo en el regazo
 cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas,
 tiene una laxitud de mundo entre sus brazos;
 todo su corazón congoja inmensa baña.

Y como ella es "estéril" por no ser madre, se da a bendecir a todos los seres que cumplen humildemente su misión reproductora, y se hace maestra maternal de los niños ajenos, y los acaricia y enseña, consolando así su propia horfandad. Oigámosla:

Como escuchase un llanto, me paré en el repecho
 y me acerqué a la puerta del rancho campesino.
 Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho,
 y una ternura inmensa me bañó como un vino!
 La madre se tardó, curvada en el barbecho;
 el niño, al despertar, buscó el pezón de rosa,
 y rompió en llanto... Yo lo estreché contra el pecho,
 y una canción de cuna me subió, temblorosa...
 Por la ventana abierta la luna nos miraba.
 El niño ya dormía, y la canción bañaba,

como otro resplandor, mi pecho enriquecido...
Y cuando la mujer, trémula, abrió la puerta,
me vería en el rostro tanta ventura cierta
!que me dejó el infante en los brazos dormido!

Ante el misterio universal de la fecundación y la reproducción la Mistral se siente humilde, y les pide a los hombres que amen y respeten todas las cosas, sin distinciones de ninguna clase. Y aunque es cristiana y sumisa, se desprende del dogma y de la teología escolástica, para entrar en la esfera de un panteísmo de intuición que se parece al serafismo de Francisco de Asís y brilla con algo de esa idealidad noble y ejemplar que se hace melodía en Rabindranath Tagore, el mágico y luminoso poeta bengalí. En la Florece del pobrecito de Asís debió hallar la Mistral la fuente de su amor a todas las criaturas, y en Tagore la blanda filosofía que ennoblece a la India. Sólo que tal filosofía apenas tocó, con suave caricia, a la poetisa chilena, sin dejar en ella más que una huella de su tranquila y honda religiosidad...

La Mistral ama las cosas, pero no ve en ellas ni el menor destello de alegría y de optimismo. Ama "el pobre polvo del camino", y los "cardos tristes", porque los hombres los humillan y martirizan con sus pies, y porque en ellos la materia "llora" su propia imperfección. Ama a los niños por puros, por dulces, por sinceros, pero no confía en su alegría, y se apiada de ellos porque cree que a todos los esperan la crueldad y el dolor. Para ella la vida es un martirio doloroso, y el consuelo sólo se halla en el Dios del Cristianismo.

La Mistral sabe que "toda carne con angustia pide morir", y que todo habrá de sumergirse en la Noche sin Fin. Esto la llena de mayor angustia y confusión. Pero como es cristiana, se acurruca en su

propia angustia para lanzarse luego al más franco misticismo, un misticismo de origen antropomórfico y tan cargado de anhelos de ternura y de belleza, que a nosotros nos parece algo nuevo, muy de América y del siglo XX. No es el suyo el misticismo medieval europeo, egocéntrico y excluyente, ni el misticismo oriental, pasivo, de renunciación... Es un misticismo sociocéntrico, de honda raigambre popular e hispano-americana.

En la Mistral la idea de la reconciliación del hombre con Dios se une al sentimiento de la tragedia social, y éste se halla íntimamente relacionado con el anhelo de abrazarlo todo, poniendo en todo --hombres y cosas-- un anhelo de perfección y de belleza. No se trata aquí de que el hombre, redimido, habrá de volver al seno del Creador, pues para ella aun las cosas más insignificantes se afanan por alcanzar la "claridad inmensa" y la "caridad inmensa" de Dios, cuya "mirada invisible" se extiende a todas sus criaturas. Luchar y luchar por la perfección en la belleza y en Dios, es pues el destino de todas las cosas, y su fin, amar hasta la plenitud del éxtasis en la experiencia absoluta del Sér.

Este misticismo que todo lo anhela y nada lo excluye; que en lugar de contemplar a Dios como una Realidad externa, lo busca dentro de toda consciencia individual --de cosa y de persona--; y que se esfuerza por que en todo resplandezcan la bondad y la belleza infinitas... ¿será ya característico de la "raza cósmica" americana de quien nos habla otro gran intuitivo, el mejicano Vasconcelos?.... No lo sabemos, y sólo podemos decir que esta raza es lírica, profundamente lírica y apasionada, y que de ella se esperan muchas cosas que la Mistral nos anuncia en sus versos henchidos de espiritualidad.

 15

La actitud de la Mistral les parecerá a muchos falsa y aun peligrosa. Dirán que la poetisa, ensimismada y alucinada, no hace más que proyectar, sobre la realidad externa, la sombra inquieta de su propio dolor, y que no puede, por lo mismo, descubrir en las cosas sino uno de sus aspectos. Nosotros diremos que tal actitud --que en otros poetas menos intuitivos y profundos sería un defecto capital-- se convierte en ella en una gracia que nos permite intuir la angustia que palpita en todas las cosas. Por otra parte, no hay en ella ni la acritud de los desesperados puros, ni la frivolidad amarga de los escépticos. Gabriela tiene fe en el triunfo definitivo de los más caros ideales humanos; sabe ^{que} anda "reclinada en el pecho" de Dios, y se da cuenta de que Su Mirada descende, amorosa, sobre todas las cosas: sobre el agua que "solloza" en los tejados y ruge en las montañas; sobre las estrellas que titilan "miedosas" en la noche callada; sobre el polvo seco y pardo del camino; sobre las flores que dan al viento sus perfumes; sobre los niños que juegan bajo el sol; sobre los mendigos cubiertos de llagas; sobre los poderosos, y los enamorados, sobre el monte y el mar... Nada está, según ella, fuera del amor de Dios, y su fe en El es tan robusta y firme y ardiente, que se comunica a quienes la han perdido.

La Mistral se duele del hedonismo materialista que se va esparciendo por el mundo, disolviendo todo lo que tiene "olor de santidad" y sabor de caridad. Y con voz en que se mezclan el anatema y la súplica, le habla ^a sí al Cristo del amor: Estos hombres de ahora "como Lázaro, ya hieden, ya hieden", y "ni el amor ni el odio les arrancan gritos"; ellos no buscan sino "la elegancia de gesto y color", tienen "el ojo opaco de infecunda yesca", "sin virtud de llanto que limpia

 16

y refresca", y "es floja la poma de su corazón." Y si esto dice de los hombres, de las mujeres afirma que andan "locas" tras del placer, sin acordarse de las lágrimas que vierten los desposeídos de la tierra.

Cree la chilena que los hombres no han comprendido ni han sentido el sacrificio de Jesús, y a El lo ve en el madero de la Cruz, solo, porque en el mundo imperan todavía la mentira, el odio y la injusticia:

Cruz que ninguno mira y que todos sentimos,
la invisible y la cierta como una ancha montaña;
dormimos sobre ti y sobre ti vivimos;
tus brazos nos mecen y tu sombra nos baña.
El amor nos fingió un lecho, pero era
solo tu garfio vivo y tu leño desnudo.
Creímos que corríamos libres por las praderas
y nunca descendimos de tu apretado nudo.
De toda sangre humana fresco está tu madero,
y sobre ti yo aspiro las llagas de mi padre,
y en el clavo de ensueño que lo llagó, me muero.
!Mentira que hemos visto las noches y los días!
Estuvimos prendidos como el hijo a la madre
a ti, del primer llanto a la última agonía!

Gabriela Mistral es una dolorosa. No conoce la virtud de la risa. En su crítica de la vida y de los hombres faltan la tolerancia y la amabilidad. La claridad de su alma se derrama sobre todas las cosas, pero les da relieve sólo a las que están dentro del foco de su emotividad desolada y gemebunda. En sus versos quedan relegados los dolores y las alegrías que ella no ha experimentado ni adivinado. No logra trascender su propia consciencia para sentir, como Shakespeare, las vidas de tantos caracteres humanos diferentes y comprender sus gestos y actitudes, sus aspiraciones, sus sueños, sus alegrías. No

sabe de contrastes. No ve el mundo en perspectiva de conjunto, ni en su orden ni equilibrio. Carece de la serenidad y la alegría que les permite a otros relacionarlo y unificarlo todo. Todo lo ve envuelto en una luz parda, o mejor, cárdena, mortecina, titilante, que retuerce todos los perfiles. En su mundo no se percibe ni una vibración de triunfo, ni el eco de un himno, ni el cascabeleo del juego. Hondamente emotiva, es seria, unilateral, escueta, ensimismada y aun agresiva. Es víctima de alucinaciones. Profunda en el sentimiento, es superficial en las ideas. En alas del sentimiento sabe remontarse a las regiones de lo gravemente inmutable, pero en sus vuelos no la asiste la inteligencia que no sólo interpreta y ordena los fenómenos, sino que los purifica y ennoblece, según las normas de una indulgente caridad. Amorosa, es incapaz del amor intelectual. Por fortuna, es humilde y sabe esperar: "Caída en la tierra --dice--estaré llorando hasta que al fin el alma comprenda". Y tiene confianza: "En un día de angustias puedo madurar por completo"...

La Mistral escribe siguiendo un impulso natural y espontáneo, y no se detiene a pesar ni a criticar las ideas y los sentimientos que le sugieren las cosas. Para ella una canción "es una herida", y "una respuesta que damos a la hermosura del mundo". Además, ella prefiere vivir la poesía a expresarla en formas rítmicas. Su vida de mujer y de maestra es quizás su mejor poema. Ha estudiado y ha viajado mucho, pero ni se ha deslumbrado ante la grandeza material de su "siglo engraido", ni se ha olvidado de que es "barro mortal" y "hechura de Dios". Conoce los sistemas modernos de educación, pero prefiere confiar en la verdad infinita para cumplir así su "divina misión" de entregar a sus discípulos el pensamiento que la domina.

La alegría de los niños consuela mucho a esta maestra adolorida. En el corro escolar halla "un resplandor de Dios" que la ilumina y sostiene en su orfandad. Su vida de maestra es noble y bella. Lástima es, sí, que al enseñar su lección vierta en ella tanta tristeza y tanta amargura:

La Maestra era pura. "Los suaves hortelanos, decía, de este predio, que es predio de Jesús, han de conservar puros los ojos y las manos, guardar claros sus óleos, para dar clara luz.

La Maestra era pobre. Su reino no es humano. (Así en el doloroso sembrador de Israel). Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano. ¡Y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La Maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida! Su sonrisa fué un modo de llorar con bondad. Por sobre la sandalia rota y enrojecida, tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

!Dulce sér! En su río de mieles, caudaloso, largamente abrevaba sus tigres el dolor! Los hierros que le abrieron el pecho generoso !más anchas le dejaron las cuencas del amor!
.....

Como un henchido vaso, traía el alma hecha para volcar aljófares sobre la humanidad; y era la vida humana la dilatada brecha que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por cualquier aspecto que se examine la personalidad y la obra de Gabriela Mistral, se llega a la misma conclusión: es una mujer noble, sencilla y dolorosa, y su desolación se hace carne viva y fresca en sus obras. Sus cantos son el vehículo de una fuerte e intensa emoción, y su lenguaje es fácil, directo, vibrante. No imita, ni coteja, ni pule. No es amanerada ni artificial. No ensaya posturas elegantes. Al expresarse deja que fluyan las emociones, en formas espontáneas y turbulentas, ásperas e inartísticas a veces, y siempre originales.

En sus versos se percibe un ritmo precipitado, convulsivo. Las imágenes que emplea se adueñan del lector como las olas del mar, la canción del viento en los ventisqueros, o la voz del trueno. La Mistral está de cuerpo entero en sus poemas. No hay en ellos riqueza de vocablos ni de melodías, porque no se deleita escuchándolas, sino que se las arranca del corazón, sin fijarse en el rumor que produce la desgarradura. No se nota en su libro ningún esfuerzo por lograr la originalidad. Segura de sí misma, se expresa libremente. Pero lo hace al mismo tiempo con humildad, y a sabiendas de que no expresa todo lo que quiere y trepida en su consciencia:

Tengo ha veinte años en la carne hundido
un verso enorme.
De albergarlo sumisa... cansa su majestad!

No hay que buscar en Gabriela Mistral ni el preciosismo verbal e ideológico de Darío, ni las recónditas inquietudes metafísicas de Silva, ni la serena elación espiritual de Nervo, ni la lírica pujanza de Chocano, ni los encantadores exotismos rítmicos de Herrera Reissig, ni la exquisita pureza majestuosa de Valencia, y sin embargo, ella pertenece al mismo grupo de aristócratas del verso, y con ellos forma, y con Lugones, el núcleo central de la lírica moderna hispanoamericana. Como artistas, todos los mencionados la superan. Como poetas... ¡quién sabe!

Lo que en la Mistral atrae y conmueve es la bondad que brota de su corazón de mujer amorosa y desolada. Esa bondad que nos envuelve a todos, pero que sólo logra expresión comunicable en quienes, abatidos por el dolor, llegan a las cumbres espirituales donde todo gesto y toda acción se ligan a lo eterno. Su poesía es genuina y posee,

si no exquisitez y elegancia, sí la suprema virtud de todo arte: esa fuerza inefable que nos lleva de lo visible a lo invisible, de lo pasajero a lo eterno y de lo finito a lo infinito.

En la poesía de Gabriela Mistral se siente una nueva vibración del Gran Poder Invariable en cuya mano vivimos todos. ¿Dónde reside ~~en~~ la magia de su arte?... ¿En la sinceridad? --La sinceridad es sólo atributo de Dios. ¿En la sencillez? --La sencillez es compañera sólo de Dios. ¿En la soledad que destila? --También sólo Dios reside en ella... Las almas nobles nunca han salido al mundo en busca de la fácil alegría, porque saben que es aparential y perecedero su amable resplandor: esas almas han buscado el destino del Hombre, y lo han hallado en el Dolor, y al hallarlo se han vuelto más nobles y por lo mismo más amantes. Esto le ha sucedido a la Mistral. Y como el amor que se convierte en belleza es apenas discernible de la belleza que se convierte en amor, nos atrevemos a decir que ahí reside la magia de su poesía, que es belleza y es amor.

La Mistral tiene fe y confianza en su corazón --"ramo de aromas" que el Señor "como una fronda agita, perfumando de amor toda la vida"-- y por eso no se atiene ni a la lógica de las ideas, ni a las reglas y normas del arte de imitación. Sabiendo que sólo la tensión espiritual puede comunicarle al verso su valor estético, lo crea sin temor. Deja que el Ángel le dé su aletazo tremendo, y crea sus poemas.

La Mistral tiene el poder de interpretar el paisaje del Ande, donde pasó sus mejores años de formación. Si sus versos son desolados, como expresión de su alma, lo son también como interpretación de ese paisaje de montes escuetos, ásperos y solitarios, de ventisqueros y oquedades, de vertientes y precipicios. Ella es el poeta del Ande

Mistral -17

chileno. Su voz es monótona y doliente como la del viento andino; su alma es blanca como las neveras; su perfil claro y puro como la silueta de los montes altaneros. Su ser sencillo, incorruptible y majestuoso se parece al Aconcagua en cuyas faldas vivió y soñó y lloró en los años juveniles esta mujer singularísima.

(En el Suplemento de EL ESPECTADOR. --Bogotá, 1927)

LAS MEMORIAS DE TERESA DE LA PARRA

Teresa de la Parra es una de las escritoras más notables de la América española. Sus éxitos literarios han sido ruidosos y significativos. Desde la aparición de su novela Ifigenia, se discute continuamente su personalidad artística, con justicia por unos, por otros con animosidad, y por todos con entusiasmo y admiración.

Ifigenia --Diario de una señorita que escribió porque se aburría-- fué una revelación: aplaudido y censurado a la vez, este libro, único en la literatura hispano americana, por su forma y contenido, puso a Teresa de la Parra muy en alto, haciéndola figurar en el grupo glorioso donde brillan Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Delmira Agustini y otras escritoras que tantos y tan bellos frutos literarios han cosechado en este siglo. Teresa, Gabriela, Alfonsina y Delmira son nombres queridos en la América española, donde la mujer, antes resignada y silenciosa, comienza a independizarse y a expresar con libertad su alma fina, inquieta y original.

Cuando apareció Ifigenia, creyeron algunos que en sus páginas había logrado Teresa la realización total de su personalidad artística, y que después de esa novela confesional no vendría nada más. Se equivocaron: Teresa nos está dando ahora obras mejores que aquella, y nos promete muchas más...

Nacida en Venezuela, Teresa de la Parra pasó su infancia en una hacienda de caña, cerca de la ciudad de Caracas. Huérfana de padre a

los ochoaños de edad, la llevaron a España junto con sus seis hermanos, con el fin de educarlos. La suya era una de esas viejas familias españolas que en el Nuevo Mundo han sabido conservar puras las mejores tradiciones de la raza, en sus aspectos más nobles y atrayentes. En España, Teresa ingresó en un convento, y allí pasó algunos de sus años, en un ambiente severo y sosegado. La vida religiosa, con sus rezos, sus ritos y sus procesiones, fué, junto con los paseos por el campo, la única distracción que por entonces conoció. El mundo sería cosa de ensueño para Teresa, en sus años de vida conventual. Más tarde habría de serlo en parte también...

Al terminar sus estudios, a los diez y ocho años de edad, regresó Teresa a la tierra natal, y en la casa solariega, bajo la luz amorosa del sol tropical, se dió por entero a la lectura, sin más guía que su seguro instinto y sin otro interés ~~mas~~ que el de hacer tranquila y fecunda su vida de mujer sensitiva e intelectual.

En Caracas "entró en el mundo" por primera vez, llena de curiosidad y de anhelos de vida y de amor. La ciudad la recibió con cariño y con inquietud: era Teresa entonces una mujercita bella, elegante, viva y moderna, un poquito atrevida en sus ideas, ya que no en sus gustos y aficiones. Caracas le tuvo miedo...

Caracas, ciudad de transición...

En sus calles y plazas y jardines viven juntos el recuerdo de un pasado heroico, aristocrático y rancio, y las ansias de este siglo democrático, materialista, frívolo y superficial. Allí la vida fluía en una atmósfera de misticismo a la antigua mezclado con algo de sensualidad modernista y algo de locura juvenil. En su seno pasó Teresa de la Parra los años más importantes de su formación

intelectual. El espectáculo que más la interesó fué entonces el de la posición social de la mujer en la capital venezolana, tan semejante al de casi todas las ciudades de la América española. Teresa vió la tragedia silenciosa de muchas mujeres que, atraídas por el modernismo --aprendido en los viajes, en los libros o en el cinema-- viven sin embargo bajo el yugo de viejos prejuicios sociales, religiosos y políticos, sin poder librarse de ellos por completo. Esta tragedia despertó en su alma el deseo de escribir, para revelarla en toda su belleza y su dolor. Apareció entonces su novela Ifigenia, en la cual puso de relieve lo que es la influencia del modernismo en las mujeres de las altas clases sociales de la América española, y atacó a los hombres, y en ellos, al materialismo sensualista del siglo presente.

Muy joven todavía, Teresa regresó a Europa en 1923. Desde entonces ha tenido en París su residencia, y allí preside uno de los centros literarios donde se reúnen a menudo muchos intelectuales hispano americanos. De cuando en cuando viaja, y da conferencias, ganando amigos y admiradores en todas partes.

Teresa de la Parra es un admirable tipo de selección cuya pulcritud física, espiritual y moral es el resultado de la herencia y de la educación. Perteneciente a una noble familia de origen andaluz, y educada dentro de las fórmulas de una cultura refinada y exquisita, Teresa es una mujer de ideales puros y bien definidos, y un artista de casta superior y de aspiraciones bien orientadas y fecundas.

32

Teresa es ingenua, inteligente, sutil, amable y encantadora, así como mujer que como artista. Ama la alegría, la libertad, la discreción y la belleza con hondo y verdadero cariño, y desdeña con nobleza todo artificio y toda falsedad. Dotada de un fino sentido crítico y de un gran poder de observación, Teresa sabe distinguir lo bueno de lo malo, lo fino de lo vulgar, y lo verdadero de lo falso. No es ni frívola, ni austera, ni estrecha, ni gazmoña. No vive sólo de ilusiones, ni se deja llevar por las modas. Ve la realidad siempre con ojos de artista y de mujer, comprendiéndola en su verdadero y hondo sentido, y extendiendo sobre ella el velo impalpable y colorista de su ironía, siempre tierna y compasiva, casi maternal. Es franca y espontánea, y eminentemente femenina: aunque conoce bien los principios técnicos y los ideales de las modernas escuelas literarias, Teresa desdeña la falsa "virilidad" de que tanto se ufanan otras escritoras contemporáneas, no sólo de América sino de Europa. Su norma es ver, sentir, obrar y escribir como mujer: la gracia, en su sentido más vasto y significativo, constituye la meta suprema de su aspiración.

Teresa de la Parra es una mujer independiente, que ha vivido sin olvidarse del alto sentido humano y religioso de la vida: ama todas las aristocracias, y con ellas la sencillez, la verdad y la humildad. No acepta la vulgaridad en ninguna de sus formas, y tiene del amor un concepto místico y panteísta, viendo en él la manifestación más bella de la espiritualidad. Modernísima, Teresa no ha cedido a los "modernismos" de relumbrón.

Teresa de la Parra está lejos de ser una escritora "romántica": su espíritu crítico, fino e inteligente, su ironía y su gran poder

de observación no le permiten serlo. No se la puede llamar "naturalista": posee el dón de la ingenuidad y el del ensueño. Es poeta: tiene fuerza intuitiva y comprende las realidades externas, y las trasciende, infundiéndoles su propia personalidad. Sus claras pupilas de artista no reflejan fotográficamente los objetos, que en ellas adquieren un nuevo sentido, lleno de gracia y de belleza. Teresa no ve, como tantos otros artistas contemporáneos, sólo lo sórdido, y lo feo y lo vulgar de la existencia: ella ve también lo amable, y en lo feo y en lo sórdido ve algo de verdad, y por lo tanto, algo o mucho de bondad y de belleza. Sin dejarse ganar del optimismo, se ha librado del pesimismo y la amargura. Su salud es armoniosa y completa. En el mundo del arte español, tiene dos antepasados: Velázquez y Cervantes.

Teresa de la Parra es original. Española de origen, nació en el trópico, y de él encarna la dulce languidez y la claridad. Ama la contemplación indolente --esencia misma de la cultura verdadera--, y ama todas las cosas, con las cuales quisiera ella confundirse, en mística y gozosa comunión. En su hacienda de caña, cerca de Caracas, despertó su espíritu en contacto con una naturaleza rica, fresca, pródiga y lujuriente, eternamente creadora y destructora, y allí cultivó esa amabilidad graciosa que la caracteriza, y ese risueño estoicismo que es su encanto y su fuerza. Así como en Ifigenia --obra de juventud ligera y atrevida-- reflejó bien el ambiente en que Teresa pasó de la niñez a la edad adulta, en Las Memorias de Mamá Blanca reflejó el ambiente en que logró su plenitud: en Ifigenia hay frescura, lujo y exuberancia de amanecer tropical; en Las Memorias hay luz y color, alegría y serenidad de mediodía.

34

Teresa de la Parra es una mujer elegante que ama el placer de ir despacio y sosegadamente, sin apuros ni preocupaciones. Quisiera ella que la vida tuviese siempre el ritmo del vals y el colorido de los días de suave y gozoso resplandor. Ama el movimiento y el juego, pero desdeña el caos, la velocidad y el afán de llegar, "el más terrible azote con que nos mortifica a todos la civilización", según sus propias palabras. Su aspiración de mujer sería reclinarse en un diván mullido y perfumado, en algún cuartito retirado, silencioso y confidencial, donde ardiese un pebetero y hubiese "torres y montañas y cordilleras de libros" que leer, y donde pudiese contemplar la vida, en callado y quieto aislamiento. O echarse a soñar sobre la hierba blanda, bajo los árboles frondosos, en un lánguido atardecer tropical perfumado de mejorana y de azahar. ¡Echarse a soñar!...

En medio de la vida contemporánea, tan llena de apuros, de ruido y de miserias, Teresa sueña, y quisiera que todos soñásemos también, para libertarnos de las cadenas que nos pone nuestra civilización industrial, fría, calculadora, despótica y a menudo brutal. Con orgullo exclama: "¡Ah, las alas, las alas, son ellas lo que adoro. Las divinas filigranas tejidas con los hilillos de mis ilusiones han de llevarme volando... hacia todas las desconocidas cumbres de la vida!"

No sólo posee Teresa de la Parra el dón del ensueño y el sentido crítico y observador. Posee también, y en grado sumo, el dulce poder de la evocación, ya que no el de la verdadera imaginación creadora. Si no ha logrado crear caracteres ni situaciones, en cambio se ha

mostrado muy hábil en la re-creación de los que ha conocido, y también en la evocación vívida y amorosa de sus memorias. Ifigenia y Las Memorias de Mamá Blanca --aunque en parte lo niega ella--, no sólo son modelos del estilo descriptivo y narrativo, sino obras confesionales de un autor que tiene "una sensibilidad femenina que se complace en ordenar recuerdos y en mirarse a sí misma, con delicado y pujante narcisismo", como lo observa el sagaz crítico colombiano, Max Grillo, quien se pregunta, con galantería de hombre de mundo: "¿Será esto exceso de sentimiento poético? No existe duda de que las cosas ^{son} más bellas vistas al través de los recuerdos".

Sí... y no... Ciertamente es que Teresa se complace en evocar sus recuerdos, y cierto también que en ellos las cosas tienen un raro encanto:

Son un prisma las lágrimas que prestan
al pasado su mágico esplendor;
al través de la lluvia son más bellas
esas colinas que ilumina el sol.

Así cantó Gutiérrez González, el Cisne de la Montaña, que era un amable y dolorido poeta romántico y naturalista. El recuerdo de las cosas les da una virtualidad inusitada y esplendorosa, ya sea que lo animen las risas o las lágrimas de la melancolía. Pero.... ¿Es simplemente un exceso de sentimiento poético lo que ha movido a Teresa de la Parra a escribir sus confesiones y memorias, cosa que tantos han hecho, si no al comienzo como ella, sí al fin de sus días? Creemos que no, y aun a riesgo de pasar por malcriados, diremos que Teresa, muy joven todavía, no tiene fuerza creadora. ¿Mas qué importa? Esta fuerza no cifra la sola y única virtud del artista, y sin ella han logrado realizar muchos obras imperecederas y dignas del elogio. No importa... Si Teresa no ha revelado todavía

el poder de crear, en cambio revela, sí, el de evocar y describir y narrar, en estilo terso, claro y admirable por su fluidez y su gracia confidencial.

Confesiones son Ifigenia y Las Memorias de Mamá Blanca. Hay en aquélla música, lirismo, facilidad y sencillez; en ésta hay precisión, nitidez, plasticidad, y buen humor, equilibrio y espontaneidad. Teresa no "hace" literatura. Su estilo, que cada día se depura más y más, tiene el sabor de una charla amiga, libre de falsa retórica, libre de la manía de deslumbrar con efectos extraordinarios y novedosos.

Los críticos de aquende y de allende el mar, de América, y de Francia y de España, se han hecho lenguas al ponderar la delicadeza y la exquisitez de Ifigenia, su naturalidad y su franqueza. A nosotros nos gustan más Las Memorias de Mamá Blanca, y lo decimos sin titubear.

Nadie podrá negar que Ifigenia es una novela bien estructurada, de sencillo argumento, en la cual los personajes y el fondo en que se mueven están descritos con amor y a veces con precisión, y que hay en ella vida, verdad y movimiento. Es una obra admirable, en la cual se revela un novelista "del más delicado refinamiento... y del más sugestivo y fino encanto literario", como lo afirma Henri de Régnier. Pero nosotros hallamos en sus páginas demasiado sentimentalismo juvenil, y lirismo azucarado y poco profundo. Cuando lo escribió, su autora no había madurado todavía, y sus rebeldías eran entonces la expresión de una alma medio infantil y narcisista. Aunque la ironía, sutil y juguetona, resplandece ya en Ifigenia,

37

sus dardos no dan siempre en el blanco, a veces imaginario que no real. El estilo, con ser natural y espontáneo, empalaga en Ifigenia por su excesiva musicalidad. Cuando la escribió, Teresa andaba enamorada de la música de las palabras y las ideas, y carecía del dominio del lenguaje y sus calidades pictóricas, que ahora se muestra con tan admirable efecto en Las Memorias de Mamá Blanca. Ifigenia además es combativa, personal, demasiado personal quizás...

Por fortuna, Teresa de la Parra, a pesar del triunfo alcanzado con Ifigenia, no se echó a dormir sobre sus laureles. Como le tiene horror a la esterilidad y a la inmovilidad, se dió a la busca de mayores perfecciones. Y así vinieron al mundo Las Memorias de Mamá Blanca, humildes, discretas y deliciosas, libres de toda afectación artística, moral e intelectual, enteramente objetivas, leves, graciosas, sencillas y llenas de plasticidad y de color. A pesar de salir escritas en forma de confesión, la autora se muestra menos en este libro, y con mayor precisión y simpatía, y en un lenguaje más puro y castizo, nos retrata a sus personajes con pinceladas magistrales.

La autora de Las Memorias de Mamá Blanca ha pensado más y ha visto más que la de Ifigenia. Su ironía se ha refinado más, y se ha hecho más amplia y generosa. Su espíritu de observación es más agudo y sintético, y mayor su sobriedad. Si en Ifigenia nos cautivan la soltura del lenguaje y la lírica franqueza de la confesión, en Las Memorias de Mamá Blanca nos encantan la objetividad de la descripción y del relato, y la levedad y la ternura de su humorismo. En este librito ameno y sencillito, discreto y acogedor, no hay nada

de **artificio**: todo en él se parece al agua del arroyo que charla y canta al descender de las montañas que dora el sol. Aquí las imágenes no son puramente auditivas, como en Ifigenia, sino ricas y varias: imágenes de la vista y del olfato, del tacto y del gusto, de vida y movimiento. En este librito se siente la realidad del campo venezolano en sus muchos matices y aspectos.

Las Memorias de Mamá Blanca vienen a llenar un vacío que se notaba en las letras españolas e hispanoamericanas. Antes de venir al mundo de nuestros lectores, poquísimos eran los libros en los cuales se describían la vida y las experiencias de la niñez, con tanta comprensión y simpatía y donaire. Para quienes hemos vivido en una hacienda de caña en tierras americanas, Las Memorias de Mamá Blanca casi constituyen nuestras propias memorias: la autora, al contarnos las suyas, ha contado también las nuestras. Ningún otro libro hispanoamericano, que sepamos, describe como éste todas esas pequeñas tragedias infantiles que recuerdan con cariño quienes han llegado a la madurez.

Más castiza que ayer es hoy Teresa de la Parra. A medida que gana en sabiduría, gana también en medios de expresión. ¿Qué otros frutos literarios habrá de cosechar?

Teresa tiene talento y fe en sí misma, y goza en el trabajo. Nos promete otros libros, que habrán de venir. Y si no vienen, ¿qué importa? Sus dos libros le pertenecen ya a Hispano América, y sus lectores nunca se olvidarán de los personajes en ellos retratados. Su María Eugenia vivirá por muchos años, y su incomparable Vicente Cochocho --uno de los personajes más simpáticos de la literatura hispanoamericana-- vivirá por los siglos de los siglos,

mientras se hable en la tierra el idioma de Cervantes. Vivirá también su amiga, Teresa de la Parra: fina, inteligente, discreta, sutil y encantadora, ha ganado ya para sí un lugar predilecto en el corazón del mundo de habla castellana. Su estilo y su ironía, tan femeninos y graciosos, nos recuerdan a veces a Cervantes y a Anatole France, y le han asegurado ya la gloria y con ella la inmortalidad.

(En Las Memorias de Mamá Blanca, edición escolar, Nueva York, 1932)

Con 13 años los p. han
parado, - entre tanto, terminó
el lector a petición un juicio
y final y un relato del
resto de la vida.

*op al
nuevo índice
que cubra
el autor,
para ajustarse
a él en cambios
de impresiones*

I N D I C E

pág.

Palabras de explicación.....	()
-La desolación de Gabriela Mistral.....	()
-Las memorias de Teresa de la Parra.....	()
La poesía colombiana.....	()
Un poeta del pueblo: Gregorio Gutiérrez González.....	()
El paisaje en la poesía de José Eustasio Rive- ra y José Asunción Silva.....	()
Cuando en su rueca hilaba... Manuel González Prada.....	()
El paisaje en la poesía de Guillermo Valencia.....	()
Julio Arboleda y su "Gonzalo de Oyón".....	()
Ahora...un poeta de la soledad: Germán Pardo García.....	()
José Asunción Silva y su obra poética.....	()
De hispanoamericanismo literario.....	()
Una sombra errante y su canción: Porfirio Barba Jacob.....	()
La fuga inefable hacia Ulalume: León de Greiff.....	()
Zurce que zurce líricos chismes: Luis C. López.....	()
Ricardo Palma y sus "Tradiciones".....	()
En acción de justicia a Tomás Carrasquilla.....	()
Solo en el presente, ayer, mañana: Arturo Torres Rioseco.....	()

NOTAS DE LIBROS:

pag.

<u>Historia de la literatura colombiana</u> , por	
Antonio Gómez Restrepo.....	()
<u>Bogotá</u> , por Antonio Gómez Restrepo.....	()
<u>Poemas</u> , por Cynthio Vitier.....	()
<u>El Moro</u> , por José Manuel Marroquín.....	()
<u>José Martí, Apóstol y Mártir</u> , por J. M. Vargas	
Vila; ed. Ramón Palacio Viso.....	()
<u>Genio y acción. Sarmiento y Martí</u> , por Emeterio	
S. Santovenia.....	()
<u>Historia y crítica de la novela en Venezuela</u> , por	
R. Angarita Arvelo.....	()
<u>Preguntas a Europa</u> , por Mariano Picón Salas.....	()
<u>Sociología política</u> , por Cristóbal Benítez.....	()
<u>Cantos de la palabra iluminada</u> , por Estrella Genta..	()
<u>Estampas y apologías</u> , por Mario Carvajal.....	()
<u>La ciudad creyente</u> , por Manuel Mosquera Garcés.....	()
<u>El Romancero de la Conquista y la Colonia</u> , por Is-	
mael Enrique Arciniegas.....	()
<u>Nuevo descubrimiento de Guayaquil</u> , por Angel Ro-	
meo Castillo.....	()
<u>Mujeres en la vida de Hostos</u> , por Juan Bosch.....	()
<u>Obras completas de Epifanio Mejía</u> , ed. Félix	
Restrepo.....	()
<u>El Velorio del albañil</u> , por A. Sacotto Arias.....	()
<u>El Romancero de la maestrilla</u> , y <u>Fiesta mayor</u> , por	
Renée Potts.....	()

<u>Goethe. La ley de su vida</u> , por Gerhard Masur.....	()
<u>Momento español</u> , por Juan Marinello.....	()
<u>Prosas del Indio Uribe</u> , ed. Benigno A. Gutiérrez..	()
<u>1941. Cinco ensayos sobre pasado y presente de la nación venezolana</u> , por Mariano Picón Salas....	()
<u>Who's Who in Latin America</u> , por Percy A. Martin...	()
<u>Eladio Segura</u> , por Gerardo Gallegos.....	()
<u>Sumag Allpa</u> , por G. Humberto Mata.....	()
<u>Núñez de Balboa. El Tesoro del Debaibe</u> , por Octa- vio Méndez Pereira.....	()
<u>José Martí. El santo de América</u> , por Luis Rodrí- guez Embil.....	()
<u>Prosa menuda</u> , por Manuel González Prada.....	()
<u>Un crimen perfecto</u> , por Alfredo González Prada....	()
<u>Franz Tamayo. Hechicero del Ande</u> , por Fernando Diez de Medina.....	()
<u>Por donde corre el Zonda</u> , por Juan Pablo Echagüe..	()
<u>Monteagudo. Una vida meteórica</u> , por Juan Pablo Echa- güe.....	()

Julio Arboleda y su “Gonzalo de Oyón”

AL hablar Menéndez y Pelayo—con especial simpatía y encendido entusiasmo, ya que no con mucha originalidad—de don Julio Arboleda y de su obra poética, nos dice que este colombiano, “espíritu de rara distinción”, fué “el tipo más caballeroso y aristocrático que en los sangrientos anales de la democracia americana pueda encontrarse”; que “su brillante existencia” se pareció a las de los guerreros soldados del siglo de oro español, “salvo que a Arboleda no fuéle concedido morir con la muerte de los bravos, como a Garcilaso, a la luz del sol, asaltando una plaza de armas, como a su valor cuadraba, sino que cayó en una emboscada nocturna”; que sus poesías sueltas “son casi todas de amor o de política, impregnadas las más de suavísima ternura, de una como devoción petrarquesca y espiritualizada; rebosando las otras de férvida indignación, entusiasmo bélico, odio y execración a toda tiranía”, por estar hechas de versos “que huelen a pólvora” y semejan “rugidos de león más que obras de arte”; y que su gloria literaria se cifra principalmente en su *Gonzalo de Oyón*, que, “incompleto y todo, es el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica”, si bien lo vence, “en pormenores de dicción y de estilo”, la versión que del *Orlando enamorado* hizo don Andrés Bello.

Con tal introducción, escrita en 1893 por el reconocido “príncipe” de los críticos españoles, —bella en su concisión, y certera y precisa aun a pesar del dejo de parcialidad “clásica” y peninsular que en ella se siente— imposible sería no querer estudiar la personalidad de don Julio Arboleda y no

experimentar el deseo irresistible de valorizar hoy su *Gonzalo de Oyón*, poema tan poco conocido en las últimas “promociones” literarias, con todo y tener el puesto tan alto que a él le asignó quien la escribió.

* * *

Nos cuenta don Miguel Antonio Caro que era don Julio Arboleda vástago de hidalga familia antigua. Ya en 1676, el Maestro ecuatoriano Jacinto de Hevia, en su *Ramillete de varias flores poéticas* (Madrid, Nicolás de Xamares), que dedicó al Licenciado don Pedro de Arboleda y Salazar, afirma que “Bien sabe el mundo que después de haber los Arboledas ilustrado en Francia famosos varones, pasaron a España”, para venir más tarde a la ciudad colombiana de Popayán, donde se emparentaron con otras familias ilustres, los Pombos, los Ulloas, los Caldas, los Valencias...

El mismo don Julio dice que “nació en un desierto, en medio de las selvas incultas que orlan el mar Pacífico”, pues sus padres, don Rafael Arboleda y doña Matilde Pombo y O'Donell —descendiente ésta de ilustre familia irlandesa de guerreros y tribunos—, al verse perseguidos por las fuerzas españolas realistas que intentaban recuperar para Fernando VII el dominio de la América revolucionada, habían huído de Popayán y se habían refugiado en su hacienda de *Timbiquí*, situada en las márgenes salvajes del río Telembí.

Allí nació, el 9 de julio de 1817 —de junio, según dice Gustavo Otero Muñoz— el poeta soldado. ¡Romántico comienzo de una romántica existencia rica en episodios y aventuras, brillante y seductora!

No fué don Julio a la escuela. Sus primeras letras las hizo en su casa, y “con la leche mamó los sentimientos cristianos” que en su agitada y noble vida “siempre se honró de profesar”. Su abuela materna, doña Beatriz O'Donell, le enseñó el francés, y su abuelo, don Manuel Antonio de Pombo, le dió lecciones de latinidad, de castellano y de geometría. En 1830, fué llevado por su padre a Inglaterra, y en Londres continuó sus estudios y se “hizo dueño de la lengua inglesa hasta el punto de escribir en ella con propiedad y atildamien-

173

to". Tan rápidos fueron los adelantos del joven payanés, según Torres Caicedo, "que a la edad de catorce años ya era contado entre los más distinguidos corresponsales del *Mechanic's Magazine*, periódico científico que se publicaba en Londres, y en cuyas columnas se encuentran interesantes producciones" suyas.

En la Universidad de Londres obtuvo Arboleda el grado de Bachiller en Artes. Estuvo luego en Francia y en Italia, y regresó a Popayán en 1838, y en su Universidad del Cauca estudió leyes y dictó cursos de literatura, en una época de violentas sacudidas políticas en que se desangraba la Nueva Granada, recientemente independizada de la Monarquía española.

En Popayán, don Julio y sus amigos, "la flor de la juventud payanés", según el señor Caro, fundaron una sociedad intitulada "Filológica", que pronto hizo sentir su influencia "primero en las elecciones" y después "en el conflicto de las urnas"... Esa sociedad de "filólogos"... luchaba pues contra la anarquía de los tiempos y buscaba la restauración de las clases dirigentes del país amenazadas por el pueblo en armas. Y don Julio, espíritu vehemente, dominador y fiero, se vió envuelto en una de las "más desastrosas" guerras civiles que "han asolado a la Nueva Granada". Abandonando su casa y su fortuna, y aun a la bella dama prometida a quien entonces cortejaba y con quien se casó más tarde (en 1842), Arboleda empuñó la espada del guerrero, luchó con habilidad, gallardía e "intrepidez generosa", y terminó su primera campaña con el título de Teniente Coronel, habiéndola comenzado con el de Teniente. Sirvió sin recibir sueldos ni recompensas, y perdió gran parte de su fortuna, que le fué confiscada por sus enemigos. Así pudo exclamar: "Yo no he ido a vender mi vida por una paga vil, sino a rescatar con mi sangre y con mis propiedades la libertad atacada por la anarquía!"

Para 1843, terminada la guerra, Arboleda se dedicó a sus negocios particulares y a las labores del campo, y, en el retiro de su hacienda, puso manos a su *Gonzalo de Oyón* y escribió algunos cantos del poema "que miraba entonces con entrañable cariño, como a hijo mimado de su entendimiento".

Fué luego al Congreso, como representante. Su apari-

39

ción, dice José María Samper, como orador parlamentario, "fué deslumbradora". Incisivo, ágil, correcto de ademán y de palabra, variado en su elocuencia, erudito, vigoroso, irónico y sarcástico a veces, y otras agresivo, cortante y patético, don Julio era "arreatador"... Inquieto y batallador, y nada propenso a la adhesión incondicional, siendo conservador y católico se afilió a la causa de la oposición parlamentaria, y se mostró como "el más poderoso y temible acusador de los Jesuítas, influído" por las lecturas de Michelet y de Quinet. En 1848 publicó contra ellos su famoso y virulento panfleto *Los Jesuítas...*, "movido por una convicción errónea, pero sincera", que más tarde habría de cambiar.

De vuelta en su hacienda del Cauca, Arboleda se dió a escribir para los periódicos contra los abusos sociales y las ideas positivistas que defendían sus enemigos, y por ello fué puesto en la cárcel, hecho éste que le inspiró dos de sus más valientes y bríosas poesías, "Estoy en la cárcel" y "Al Congreso granadino", únicas en la literatura de su patria.

En 1851, Arboleda, que era enemigo de los "revolucionarios", se hizo revolucionario: el gobierno "liberal" de entonces predicaba la lucha de clases, y la fomentaba, y Arboleda era amigo de la ley y del "orden"... Destrozadas sus fuerzas, el guerrero poeta se asiló en el Perú hasta principios de 1853. En Lima se ganó la vida dictando lecciones de literatura y escribiendo para la prensa local.

En 1854 ocurrió algo un tanto insólito en la historia de Colombia: el General José María Melo —antiguo soldado de la Guerra de la Independencia y aventurero de odiosa memoria en los anales patrios—, por medio de un atrevido golpe de cuartel se hizo dictador y jefe supremo de la república y quiso explotarla a su antojo. Contra el usurpador se levantaron los legitimistas de los dos partidos tradicionales de Colombia, y Arboleda, "siempre impaciente y ávido de servir y de ejercitar su bravura personal", regresó del destierro y se puso al frente de un ejército con el cual luchó hasta vencer y restaurar el orden y la ley. En seguida se fué a vivir a París, con el objeto de educar a sus hijos. Mas no había de ser larga su permanencia en la capital francesa. Una nueva gue-

40

rra civil, que duró dos años, estalló en la anárquica y joven república que él amaba tanto y que servía con eficacia ejemplar. Don Julio volvió a la Nueva Granada en 1860, y después de larga y hazañosa campaña, en la cual desplegó todos los recursos de su genio militar, —astucia, valor, actividad, dón de mando, audacia, resistencia, agilidad y conocimientos— y logró memorables triunfos y “la gloria de los caudillos invictos”, cayó asesinado, en 1862, en las ominosas Montañas de Berruecos, cerca al sitio donde años antes y en circunstancias semejantes, había caído el puro y magnánimo don Antonio José de Sucre, Mariscal de Ayacucho y Lugarteniente de Bolívar.

Asesinado cobardemente cayó don Julio, a los cuarenta y cinco años de edad, en la plenitud de su preciosa existencia, y después de haber luchado sin cesar durante veinticuatro, como guerrero, como orador parlamentario, como escritor, como poeta.

Y murió tal y como él mismo lo había presentido, y aun anunciado años antes en alguno de sus escritos! Extraño poder intuitivo el de este varón singular: aun el sitio donde había de caer lo había él predicho!

No murió don Julio, como Garcilaso, a plena luz y en el asalto de una plaza de armas y como correspondía a su valor. Murió como un mártir de la democracia, como correspondía a su virtud ciudadana, como Lincoln, como Jaurès...

En los turbulentos anales de su patria, don Julio brilla con luz propia:

Se ha dicho de él que, como guerrero, es émulo de Bolívar.

Como orador, se distinguió en tierras de oradores.

Como caballero, para hallarle pares es preciso leer historias antiguas o leer romances medievales...

Como poeta... conviene ahora analizar y valorizar su obra.

* * *

Ya se han citado en este estudio las palabras de Menéndez y Pelayo en relación con la obra poética de Julio Ar-

boleda, palabras que en parte repiten más tarde —eco de ecos— Isaac J. Barrera, en el Ecuador, y Calixto Oyuela en la Argentina... Veamos lo que dicen otros críticos españoles y americanos.

Cejador y Frauca —esta vez quizás escribiendo sin olvidarse de que el poeta payanés fué autor de un brioso panfleto contra los miembros de la Orden a que aquél pertenecía—, dice sin reparos: Arboleda “hizo poesías amorosas (1840-1850), otras satíricas de política bélica contra la tiranía, y el poema no acabado *Gonzalo de Oyón* (1851), conocido por borradores, de mucha fuerza épica y gallardo decir, por el estilo del *Moro Expósito*, del Duque de Rivas, y del poema de *Granada*, de Zorrilla, poetas con los cuales se encadena Arboleda, bien que diste infinito de ellos, por ser un verdadero clásico de la escuela del Siglo XVIII, de no muy rica fantasía ni sensibilidad. Dijérase un erudito que rima ideas prosaicas y frías”. Cita además Cejador y Frauca la opinión de Menéndez y Pelayo según la cual el *Gonzalo de Oyón* es “el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica”, y concluye: “No estoy conforme con el Maestro: *Tabaré* se levanta muy por cima de este poema, que es demasiado clásico, frío y seco, comparado con el de Zorrilla de San Martín y aun con *La cautiva*, de Echeverría”.

Luis Alberto Sánchez, en cambio, afirma —en ligerísimo comentario— que Arboleda “fué el prototipo del romanticismo colombiano”, hombre “de un temperamento grandemente emotivo” y “adversario desde joven de don José Eusebio Caro y de su escuela política y literaria”. Admite Sánchez que Arboleda hiciera uso del tema indigenista, pero sólo “en el sentido descriptivo y externo en que lo cultivó Echeverría”, y termina sosteniendo que “la naturaleza merece continuas estrofas de Arboleda y el Tequendama parece como su numen tutelar”.

¿Es Arboleda un poeta clásico, amigo de rimar ideas frías y prosaicas, como quiere Cejador y Frauca, o es el prototipo del romanticismo colombiano, a quien inspira el Tequendama como su numen tutelar, tal y como nos lo dice Sánchez?

Con perdón de los dos eruditos, el peninsular y el perua-

no, diremos nosotros: No fué Arboleda adversario de la escuela política de José Eusebio Caro —los dos fueron íntimos amigos, conservadores y católicos defensores de la misma causa—, ni tampoco de su escuela literaria, ya que el cantor de “En boca del último Inca”, “En alta mar”, etc., don José Eusebio, fué romántico hasta los tuétanos, y su poesía lo es en forma y contenido; y si es cierto que Arboleda canta a menudo la naturaleza, su “numen” no fué el famoso Salto del Tequendama... sino el río Cauca, y su Valle y las montañas y mesetas que lo circundan. ¿Frío rimador el autor de “Estoy en la cárcel”, “Al Congreso granadino”, *Gonzalo de Oyón?*... ¿Frío y “clásico” el vehemente poeta payanés cuyos versos le parecieron a Menéndez y Pelayo rugidos de león y le olieron a pólvora, unas veces, y otras lo arrullaron con suaves ternuras que recuerdan a Petrarca y logran íntima y noble idealidad?

Cejador y Frauca, y Sánchez, no debieron de leer con cuidado toda la obra de don Julio... Bueno es que consideremos otras opiniones.

Gómez Restrepo —tan justo y penetrante siempre en sus juicios literarios— dice que Arboleda no era “un lírico por el estilo de Caro, sino un poeta épico y objetivo”; que “perdura en la forma de sus versos algo de la tradición clásica del siglo anterior”... “pero el espíritu de su poesía es francamente romántico”; que si sus descripciones del paisaje caucano “ofrecen a veces la armonía de luces y colores del arte clásico, otras tienen la grandiosidad abrupta y trágica, los violentos contrastes de líneas y de sombras propias de la nueva escuela” (la romántica); y que si de su obra “se tienen en cuenta los grandes cuadros, aquellos que habrían podido servir de tema al pincel fantástico de Gustavo Dorée, debe reconocerse con justicia que un poeta de esa imaginación, de ese brío, de esa arrogancia de dicción, de ese arranque varonil y magnífico, no es indigno de figurar en el coro que ilustran los autores de *El Moro Expósito* y de *Granada*”. (Se ve que esta opinión de Gómez Restrepo puso en *guardia* a Cejador y Frauca, ¿verdad?... ¡Pero no era para tanto!)

Finalmente, don Miguel Antonio Caro, editor de las *Poesías* de Arboleda, humanista y crítico literario de alto vuelo

—humanista y crítico sin rival en la América hispana—, nos dice:

“Arboleda era un gran improvisador, escribía muy a la ligera, pero luego, por amor y respeto al arte, corregía una y muchas veces.

“Formó su gusto principalmente en la lectura de los poetas italianos, a que era aficionadísimo, y de los ingleses, que conocía muy bien; y en sus versos se mezclan en raro concierto la galanura, viveza y calor meridionales, con cierta misantropía nebulosa del Norte”. El poeta “es original en el estilo, sin ser revolucionario en el lenguaje”; es, “como conviene, fogoso y enérgico, ora describa un arranque de desesperación, ora un riña sangrienta”; y a veces su poesía “corre con ligereza y gracia, o se desliza con maravillosa blandura”.

Así, cual lo afirman Caro y Gómez Restrepo, es la poesía del guerrero payanés.

Don Julio Arboleda —su temperamento, su vida y el ambiente en que nació, vivió y actuó—, por una parte, y por otra su obra poética, se compenetran tanto, que en realidad constituyen una admirable ecuación, casi una identidad: nada falta en ninguno de sus dos términos para hacerla perfecta, ni siquiera el carácter fragmentario que los distingue.

Vástago de ilustre familia hecha al lujo y al refinamiento de una ciudad antes opulenta y culta, don Julio nació en medio de una selva tropical: Su poesía, de clásicas formas refinadas, es a menudo desigual, tumultuosa, ardiente, o suave y delicada...

Hijo de padres ricos y sedentarios, don Julio fué inquieto, arrebatado, diligente: Así son sus poesías políticas...

Hombre nacido para la meditación encumbrada y el razonamiento lógico, en el sosiego del bufete, la cátedra o el templo, vivió mucho al calor de las fogatas de guerra, y tuvo que improvisarlo todo, sus huestes indisciplinadas, sus discursos parlamentarios, sus poemas de lucha social...

Educado en Europa, actuó en una nación joven y anárquica, y afrontó continuamente el peligro, en lucha contra la naturaleza, contra los hombres, contra las ideas que amenazaban la vida misma de las que él había aprendido en sus vie-

44

179

jos centros culturales: Su poesía—de contenido europeo en cuanto a sus ideas directrices—es libre y aun contradictoria, y rebosa de americanidad...

Lector enamorado de los poemas renacentistas italianos y de los clásicos ingleses, don Julio tuvo que escribir, entre batalla y batalla, y a menudo mientras viajaba por valles y montañas y bosques y praderas, hallando inspiración en tierras vírgenes habitadas por una raza en gestación, híbrida, agitada e informe: Su poesía le hace eco a la de Ariosto y Petrarca, y Milton y Byron... pero sus temas son americanos!

Político de altas prendas, y caudillo invicto digno de la consagración, y digno también de lograr una vejez rodeada del respeto y el halago populares, don Julio murió asesinado alevosamente, en plena juventud, en el seno tenebroso y agorero de una montaña inmensa: Su mejor poema, *Gonzalo de Oyón*, de simbolismo tan sugerente y arrebatador, quedó también mutilado por el pueblo para quien lo escribió...

Romántica en su esencia fué la existencia luminosa del vate payanés: se orientó siempre hacia los valores eternos, —la justicia, el amor, la libertad—, sin alcanzar ninguno de ellos: Así su poesía...

En espíritu su arte es romántico, a pesar de su forma clásica, y es rico de subjetividad, a pesar de su objetividad aparente, superficial. Ese arte es trasunto fiel de su malogrado autor, hombre en quien de continuo se reveló una profunda dualidad:

el noble payanés, fiel a su raza española y su glorioso pasado, era hijo de América y vivía enamorado de su independencia;

y siendo de raza de azores, —fiero, enérgico, inflexible, tremante de aristocrático orgullo y de ansias invioladas de poderío y de *imperio*, se sabía ser hijo de la Revolución americana, y sentía el amor del Nuevo Mundo y sus razas de color, y anhelaba, como ellas, la justicia social que descende, rutilante, de los brazos abiertos de la cruz!

En Arboleda se anidaba la soberbia patricia de su ciudad natal, —así llamaba él a Popayán, aunque no había nacido en ella— la embrujada ciudad de la cual pudo decir:

45

...“Centinela tú fuiste del imperio y sus blasones; y en la abyección universal, tú sola quedaste libre, honrada y española”... Pero se anidaba también en él la voluntad americana de darle al continente adolorido y sangriento libertad, orden, ciencia, luz, igualdad, humanidad.

Leal a la *hispanidad* pura, eterna y universalista, y leal a su pasado medieval y renacentista, don Julio era un demócrata genuino, que aborrecía todas las tiranías del vicio, de la crueldad o de la fuerza. Y siendo hombre de espada y caballero, amaba la palabra y reverenciaba la virtud y le rendía culto a la Ley. En su sentido más noble, podría decirse que era *don Julio* —así lo llamaron siempre sus conciudadanos— un verdadero *cruzado* en tierras de América, abiertas a todos los vientos del Espíritu. Y así es su *Gonzalo de Oyón*.

* * *

Se ha dicho ya que la gloria literaria de Arboleda estriba principalmente en su *Gonzalo de Oyón*, la ~~gloriosa~~ hermosa leyenda mutilada que, para nosotros, encarna un hondo simbolismo y tiene en estos momentos una *actualidad* verdaderamente inquietante.

“Siendo muy joven, —según escribe don Miguel Antonio Caro— concibió Arboleda la idea de componer un poema o leyenda sobre algún argumento sacado de la conquista y colonización de América por los españoles; y registrando sus crónicas, se fijó en el episodio histórico de Alvaro de Oyón, que sobre ser de carácter americano, tenía para el novel poeta el encanto de estar conexionado con la ciudad de Popayán, cuna de sus mayores”.

Esta noticia es interesante. Se ve que Arboleda, —que en Popayán de seguro había leído la bella prosa científico-romántica escrita por su muy ilustre pariente, don Francisco de Caldas (1770-1816) y también las poesías románticas de José María Gruesso (1779-1835), y que había estudiado en Londres— no recibió del argentino Echeverría, —“precursor del romanticismo en América”— ninguna influencia directa, y que por cuenta propia buscó en las crónicas payanesas el asunto para una leyenda líricodescriptiva... Y más intere-

sante, para la historia del romanticismo, es que Arboleda recogiese (quizás de la *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, de Fernández de Piedrahíta, quien refundió en ella muchas crónicas antiguas), un episodio de escasísima importancia histórica, para infundirle un sentido trascendental y personalísimo: la rebelión de Alvaro de Oyón (1552).

La primera versión escrita que tenemos de dicha rebelión se halla en la "Elegía de Belalcázar", del candoroso y locuaz cura de Tunja don Joan de Castellanos, pero Arboleda no pudo sacarla de allí, pues bien sabido es que las famosas *Elegías de varones ilustres de Indias* —si bien escritas en el Siglo XVI— no fueron impresas sino años después de comenzar el payanés su poema.

Según Castellanos, era Alvaro de Oyón "arrojadizo, torpe, mentecato — Mas del mundo tenido comúnmente — Siendo hombre temerario, por valiente". Era natural de Huelva de España y nieto del *comunero*, don Pedro de Oyón. Envuelto en la rebelión que en el Perú encabezara Gonzalo Pizarro, y con él vencido, vino Alvaro de Oyón a Popayán, y de allí pasó a Santa Fe de Bogotá, donde lo conoció Castellanos, y pudo decir:

"Hombre más que mediano, bien fornido,
Y no de entendimiento delicado,
Pues aunque fidalgo conocido,
Bronco me pareció y avillanado.
Andaba del demonio revestido,
El rostro torvo, melancolizado"...

De Santa Fe, don Alvaro volvió a Popayán, "*revestido del demonio*", y se dió a luchar por enseñorearse de aquella Gobernación, para luego marchar sobre Quito y extender si ^{era)} ~~fuere~~ posible su dominación hasta Lima. Reunió armas y compañeros, atacó varias poblaciones, y levantó pendón dándose el título de "Príncipe de la Libertad". En 1552 avanzó hasta amagar a Popayán y su plaza principal. La ciudad fué defendida por el Capitán Diego Delgado y el Obispo don Juan de Ovalle. Los rebeldes, en número de setenta y cinco, fueron derrotados y aniquilados:

“Al Oyón y otros tres hicieron cuartos
Como culpados más en los excesos;
Cuelgan catorce de ásperos espartos
Sin gastarse papel en los procesos;
Manos y pico también cortaron hartos
De los que constó ser menos aviesos,
Y los otros, a penas más ligeras,
Azotes o prisiones, y a galeras”.

Así habla Castellanos, y en eso... consistió la rebelión de Alvaro de Oyón, “Príncipe de la Libertad”, nieto del comunero Pedro de Oyón, compañero de los Pizarros en la conquista del Perú, conspirador en Lima, en Quito, en Santa Fe de Bobotá y en Popayán, uno de los primeros *españoles* que en tierras americanas levantó pendón (¡en 1552!) contra la tiranía de los reyes peninsulares... Poca cosa, sin duda alguna, fué el tal don Alvaro de Oyón, el “torvo”, “melancolizado” y “avillanado” aventurero de quien nos habla Castellanos, y poca cosa sería su vida trágica y extravagante... Empero, un poeta que tenía ribetes de genio sacó de ella materiales suficientes para forjar una noble leyenda de recóndito y singularísimo sentido.

* * *

De joven comenzó Arboleda el *Gonzalo de Oyón*, pero sus manuscritos se perdieron en el aciago saqueo de que fué víctima su hacienda de Caloto, en 1851. Por fortuna, como él tenía para recordar sus versos “una memoria facilísima”, en 1858 reconstruyó e hizo poner en limpio una parte de “su leyenda querida”, y se la remitió a su amigo Lázaro María Pérez,—con una carta en la cual afirma que en su forma primera “tenía veinticuatro cantos”, y que había gastado en escribirla “como diez años”—. Pérez publicó dicha parte en Bogotá.

Más tarde, en París, Arboleda revisó algunos cantos. Según dice Torres Caicedo, “en París vieron algunos fragmentos del *Gonzalo de Oyón* los señores Francisco Martínez de la Rosa y don José Zorrilla, y ambos literatos tributaron grandes elogios al autor”, opinando que “la literatura espa-

ñola al fin iba a tener un poema épico que merezca tal nombre"...

El poema no se publicó en París. Arboleda remitió los manuscritos a Colombia. Cayeron éstos en manos de sus enemigos, y fueron destruídos! Lo que nos queda son los fragmentos publicados por Pérez, y lo que don Miguel Antonio Caro pudo salvar de algunos borradores que halló en manos de la familia Arboleda.

Dice don Miguel Antonio que Arboleda bosquejaba algunos cantos y episodios que iba luego modificando. "En los manuscritos que se han conservado se ven entrerrenglonaduras, enmiendas y apostillas sin cuento, estrofas truncas, lugares marcados como 'corrigenda', y lo que pone el colmo a la confusión, la numeración de los cantos, varía y es contradictoria; unos mismos pasajes repetidos en diferentes partes, los más de los cantos inconclusos o fragmentarios, y trozos sueltos sin referencia alguna. Mezclados se reflejan en ese manuscrito en singular consorcio, el esfuerzo perseverante del poeta que venciendo dificultades lleva adelante su predilecto trabajo, y la irregularidad, el desorden a que están condenados hombres y cosas en medio de las agitaciones democráticas y de la anarquía crónica en que vivimos". Todos estos materiales los ordenó como pudo el señor Caro, dividiendo el poema en *catorce cuadros* —los tres últimos inéditos hasta entonces—, precedidos de un "Preludio", y bautizándolos con títulos bastante afortunados. La edición del señor Caro, publicada en forma definitiva en Nueva York, en 1884, es pues todo lo que queda de un poema que parece haber nacido bajo el signo de la tragedia en que vivió su nobilísimo autor.

* * *

"El plan del *Gonzalo* —dice don Miguel Antonio— por la inexperiencia propia de los pocos años que contaba el poeta cuando lo trazó, adolece de grandes defectos, que ni el trabajo de la lima ni una refundición a medias hubiera sido parte a salvar"... "No hay allí una acción principal a que se refieran las empresas accesorias, y que avivándose a las veces, entreteniéndose otras en agradables episodios, progresa a la continua hasta llegar a su fin".

Muchísima razón tiene el señor Caro. El poema carece de unidad y de acción propiamente dicha, y la poca que revela muy a menudo se ve interrumpida por largas descripciones de la naturaleza y por reflexiones de orden moral, político, religioso y teológico que la hacen confusa, vaga, casi imposible de seguir... Y sin embargo, lo que sí se siente siempre en el *Gonzalo* es la personalidad de Arboleda y por lo mismo la trayectoria irregular de un gran pensamiento, la visión genial del destino mismo de la América hispana, como lo hemos de ver.

Arboleda no se ciñó a las crónicas coloniales relacionadas con la rebelión de Alvaro de Oyón. Con libertad de romántico, él creó personajes, y episodios, y les dió a unos y a otros un inquietante valor simbólico cuyo sentido —que nosotros sepamos— nadie todavía ha querido explicar, quizás por hallarse envuelto en velos de misterio, o porque la historia todavía no se ha desenvuelto suficientemente para revelarlo en todo su rigor. Nosotros vamos a intentar aquí una interpretación del *Gonzalo de Oyón*.

Siguiendo, cuadro por cuadro y verso por verso, el desarrollo de la leyenda, podríamos decir que su argumento es, o fué, quizás, así:

Gonzalo de Oyón, hijo de don Gaspar de Oyón, y nieto del *comunero* de Huelva, don Pedro, viene de España con los conquistadores. Después de haber ejecutado varias proezas en la campaña de Pasto —región del sur de Colombia habitada por tribus de indios muy aguerridos e independientes—, llega a Popayán, ciudad poco antes fundada por don Sebastián de Belalcázar (que también llaman algunos Benalcázar). Allí don Gonzalo intercede por el Cacique Pubén, que iba a ser sacrificado por los españoles, y le salva la vida. Ocurre, empero, que Fernando Belalcázar, hijo del fundador, pone atrevidos ojos en Pubenza, enamorada de don Gonzalo e hija del Cacique. Fernando condena a Pubén y a uno de sus hijos a muerte, y la infeliz india, a trueque de redimir a su anciano padre, se resigna a casarse con Fernando, sin amor, pues es novia de don Gonzalo. Don Fernando, celoso y vengativo, calumnia y destierra a su rival, y éste se retira a vivir vida de ermitaño en los bosques.

185

Pocos años después, desterrado por rebelde del Perú don Alvaro de Oyón, hermano de don Gonzalo, vuelve armas contra la autoridad del rey de las Españas, y asistido por su cómplice, el pirata Walter, busca auxiliares entre las tribus indígenas que quieren sacudir el yugo español, reúne un ejército y marcha sobre Popayán. Gonzalo, que pasaba por muerto, aparécese de pronto en medio del combate, y lo decide en favor de la causa del rey. Fernando lo reconoce, y obedeciendo a una inspiración diabólica, lo declara fuera de la ley, lo tacha de traidor y pone a talla su cabeza. Pubenza, que no se ha olvidado de su Gonzalo, le escribe una carta pintándole el peligro que lo amenaza, y rogándole que se ponga en cobro. Gonzalo se ausenta y busca abrigo entre las tribus salvajes. Propónenle los indios que tome el partido de ellos contra los españoles; él se niega a hacer traición a su raza; intentan matarle, huye él, y se hospeda en la guarida de Caleb, misterioso ermitaño de las montañas de Toribío.

Entre tanto, don Alvaro rehace sus huestes y torna a amagar a Popayán. Otro batalla: preséntase Gonzalo de nuevo como en la primera, y lo mismo que entonces decídela en favor del pendón real. Ocúltase Gonzalo, pero a campo raso y en la oscuridad de la noche, se encuentra con su hermano Alvaro, sin reconocerlo. Luchan gallardamente los dos hermanos. Vence Gonzalo, y al reconocerse, cada uno alega las razones que le asisten para seguir adelante: Gonzalo, en defensa de la causa real, y Alvaro en su contra.

Hay una tregua. Gonzalo se ve con la india Pubenza. Sorpréndelos Fernando, se vuelve loco, huye y mata a sus tiernos hijos, y sólo en sueños lo ve Gonzalo.

Los partidarios del rey español les ofrecen perdón y olvido a los sublevados que acaudilla don Alvaro. Rehusa éste la gracia, y dispersa a los indios que lo siguen y que, al despedirse, le ofrecen regalos de oro que él de un puntapié echa a rodar al suelo. Amotínanse contra él los indios gritando: "¡Traición!". Don Alvaro ahorca a los principales, y concluída la tregua, y vencido por las lágrimas de su madre, *María*, levanta el sitio de Popayán y desaparece para siempre.

En este argumento vemos ya las fuerzas opuestas que

51

luchan entre sí sin que ninguna de ellas logre el triunfo definitivo. En su desarrollo, veremos mucho más.

“En Arboleda —dice Menéndez y Pelayo— se ve intención deliberada de envolver en su sencilla fábula”... “un pensamiento mucho más alto, una especie de filosofía de la conquista española en sus relaciones con las razas bárbaras y con el futuro destino de las sociedades americanas”.

Ya había escrito antes el señor Caro: Arboleda confronta a los dos hermanos de Oyón, y su lucha es “controversia... de valor altísimo, porque refiriéndose ocasionalmente a un episodio fantástico, tiene aplicación natural a la pugna perpetua que ha sostenido y que sostiene en nuestra América española el patriotismo genuino y anchuroso que respeta las tradiciones y ama la unidad nacional, contra esas ambiciones bastardas que, proclamando la libertad, sólo aciertan a dividir las voluntades concordes, y a demoler la existencia”.

De veras, en el *Gonzalo de Oyón*, Arboleda, apoderándose de un episodio insignificante de la conquista de América por los españoles, construye una “fábula”, en parte “fantástica”, y se levanta a grandes alturas, haciendo intervenir personajes alegóricos, —la Fe, la Religión y otros— en las relaciones entre los personajes históricos, —Alvaro de Oyón y Fernando de Belalcázar— y los que son pura creación del poeta, —Gonzalo de Oyón, su madre *María*, la india Pubenza, el pirata Walter y otros. El poema está cargado de simbolismo, en la *caracterización* de los personajes históricos y legendarios, en las situaciones, y, por encima de todo, en la intervención *romántica* del poeta, quien a menudo se proyecta en la acción dramática y la interrumpe por medio de reflexiones y discursos lírico-apologéticos acerca del ideal religioso que encarnó la España aventurera e imperial del Siglo XVI y que, en estos momentos, adquiere nueva beligerancia no sólo en la Península sino en América.

Desde luego, en el poema los dos personajes centrales son Gonzalo y Alvaro de Oyón. Vienen en seguida Pubenza, Fernando, el pirata Walter, *María* y otros. Sin duda alguna, todos son personajes simbólicos que encarnan las ideas éticas, sociales, políticas y económicas —y las fuerzas y hechos

a ellas concomitantes—que el poeta ve en juego dramático disputarse entre sí el predominio de América.

Gonzalo de Oyón,—en quien Arboleda quiso retratarse a sí mismo sin lograrlo—es en el poema el caballero sin tacha, leal a su dama y a su patria española. Es un joven idealista, valiente, quijotesco, que descende de una raza “clara en bélicas hazañas” y que “sigue la paterna huella” porque “en esos tiempos la virtud guerrera — temprana herencia de los hijos era”. Es el soldado de la España imperial, fiel y piadoso, que “lidia de honor sediento”, a quien “la hueste ibera” sigue con entusiasmo por ser tan grandes “su prudencia y su virtud”. Es el consejero, el héroe invicto, “ídolo de las huestes vencedoras”, “amparo del infeliz americano”, “alma gentil” que sólo anhela el bien de todos y que para todos lucha, “ora modesto, intrépido a su vez”. Es el *cruzado de la causa...*

“¡Flor solitaria en espantoso yermo,
Que Dios puso entre espinas y entre abrojos
Por dar alivio a los cansados ojos
Heridos del calor del arenal!
¡Única fuente en árido desierto
Que refresca al sediento peregrino!
¡Sola enseña de bien en el camino
Por donde siembra la conquista el mal!”

En cambio, su hermano Alvaro de Oyón, compañero de Pizarro y “en valor su rival, mejor guerrero”, varón “con voluntad de hierro”, “activo, emprendedor”, es un ambicioso, “sin ideales”:

“Don Alvaro de Huelva, belicoso
Hijo de España, y su enemigo crudo:
Don Alvaro, rebelde y orgulloso
Nieto de Oyón el comunero rudo,
Don Alvaro, enemigo del reposo,
En cuyo pecho empedernido, mudo,
Arde perenne de ambición la tea,
Y en la sangre y la muerte se recrea.
Su amor la guerra, el pabellón del cielo
Su mejor techo; el césped esmaltado
Su lujoso sillón; su lecho el suelo,

Y su festín el campo ensangrentado;
 Su deleite las armas, el desvelo,
 El peligro afanoso y angustiado:
 Avida sed de imperio y de renombre;
 Su mundo él, y su juguete el hombre".

Don Alvaro de Oyón, "rebelde, y de rebeldes hijo y nieto", es un espíritu egoísta para quien "es tráfico su fe" y la conducta su propia "conveniencia"; es un espíritu diabólico, cuyo "ánimo guerrero" no reprime "el santo temor de Dios", y para quien "fué su dios la Venganza, y su derecho"; es un temible individualista, de "raza noble y altanera", que "jamás a la ley tuvo respeto" y para quien es "la autoridad quimera, lentejuela de teatro, cuyo precio ignora el débil y deslumbra al necio": es un hombre "denodado y fuerte" cuyos blasones son la audacia y el valor, el desprecio de la muerte y de la suerte. Es un aventurero que persigue "con esfuerzo y esperanza un objeto tan sólo — la venganza".

Y sin embargo, siendo hermano de Gonzalo, hijo y nieto de *comuneros* de Huelva,

"Sólo una alta virtud su seno abriga
 Inextinguible, como el puro fuego
 Que conserva la vestal antigua;
 Y arde su llama en plácido sosiego,
 Sin que del mundo injusto la enemiga,
 Ni el furor de ambición violento y ciego,
 Su luz apaguen. A sus padres ama
 Aun más que trono, y vida, y dicha, y fama".

Como vemos, Arboleda establece un contraste extremoso entre los dos hermanos de Oyón: angélico el uno, el otro diabólico... Y no obstante, los dos son *hermanos* y *españoles*, y por lo mismo tienen un mismo e idéntico origen, y un mismo destino. ¿No tendremos el derecho de decir que don Gonzalo y don Alvaro son el desdoblamiento —poetizado— del alma española y su proyección en la América? La situación antagónica en que Arboleda los coloca en su poema —de la cual hablaremos algo más—, y el hecho de unirlos en el amor de sus padres, así parece indicarlo.

Vimos antes que Luis Alberto Sánchez —a quien tanto preocupa el indigenismo— sostiene que Arboleda trató el *tema*, y que lo hizo “en el sentido descriptivo y externo en que lo cultivó Echeverría”. No lo creemos nosotros. Al contrario, diremos que el poeta de Popayán no sólo comprendió el *problema* indígena, sino que lo sintió en toda su punzante realidad histórica y vital, y que de él hizo uso en su *Gonzalo de Oyón*, idealizándolo y dándole por lo mismo una noble y alta proyección. En efecto, en el poema la raza indígena —ternura, pureza, mansedumbre, belleza moral, esteticismo hondo y noblemente espiritualizado— se halla hecha carne en la figura simbólica de la india Pubenza, hija, nieta y biznieta de caciques indios del hermoso Valle de Pubén, asiento de la patricia ciudad de Popayán. En el poema, Pubenza es nada menos que la amada del angélico caballero don Gonzalo, encarnación él del más puro y genuino y noble españolismo quijotesco. Arboleda busca inspiración en las baladas germanas, y colores en el petrarquismo renacentista para pintar-nos a la *india* Pubenza:

“Dulce como la parda cervatilla,
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,
Y, a la vista del can, yace en acecho,
Con sus ojos de púdico temor;
Pura como la cándida paloma
Que de la fuente límpida al murmullo,
Oye, al beber, el inocente arrullo,
Primer anuncio de ignorado amor;

Bella como la rosa, que temprana,
Al despuntar benigna primavera,
Modesta ostenta, virginal, primera,
Su belleza en el campo, sin rival;
Tierna como la tórtola amorosa,
Que arrulla viuda, y de su bien perdido
La dura ausencia en solitario nido
Llora, y lamenta su incurable mal;

Brillante como el sol, cuando refleja
Sus rayos el cristal de la montaña,
Si ni la lluvia, ni la lluvia empaña
Su naciente, purísimo esplendor:
Majestuosa cual palma, que se eleva,

Y ostenta en la vastísima llanura
Su corona imperial y su hermosura,
Desafiando el rayo del Señor”.

Y sigue la “descripción” (?) de la india en cuya “frente pálida vagaban el dolor y la negra pesadumbre”; “india en amar, en resistir cristiana”, “malhadada” princesa en quien “todo respira amor, pureza, hermosura”; mujer de alta y noble virtud sobre quien pesa “el yugo de despótico señor”, ya que, siendo la enamorada de don Gonzalo, tuvo que sacrificarse a sí misma y casarse con don Fernando Belalcázar para salvar así la vida de su padre, el indio Pubén.

¿Y quién es este don Fernando, y qué pasiones lo mueven? Oigamos al poeta:

“Fernando Belalcázar, el soberbio,
Ama a Pubenza, adórala; alimenta
Su alma altanera, indómita, violenta,
La inextinguible, la feroz pasión:
Y de todo es capaz: un pensamiento
Ocupa entera su existencia amarga,
Y del funesto amor bajo la carga,
Se agita su rebelde corazón.

Y poderoso, del poder abusa;
Y celoso, corteja la venganza;
Y furioso de amor sin esperanza,
Busca en el crimen su único sostén;
Su carácter de fuego no permite
Contradicción ni leve resistencia,
Y en su absurda despótica potencia
Busca el camino de un soñado Edén.

Cetro de hierro empuña; vida y honra,
Todo está a su capricho encadenado:
En el imperio vasto conquistado
No hay más que su firme voluntad;
Ella manda, ella impera, ella se cumple,
Ni hay donde huír del lúgubre tirano;
Que se siente doquier su férrea mano
Cual vasta, universal calamidad”.

.

Don Fernando es la encarnación del *conquistador* de América, del déspota violento que, movido por la pasión, y haciendo uso de la amenaza y de la fuerza, llegó, —en el poema— a maridarse con la dulce Pubenza, encarnación ella de la ternura y la pureza indígenas, así como tantos de su clase, —en la historia— se maridaron también y echaron en el vientre de las indias la simiente de una pasión que no era el amor!...

Cierto es que el “romance” de don Gonzalo y de Pubenza no llega en el poema a desenvolverse plenamente, y que allí aparece, platónico y tímido, y medio oculto en velos de misterio, bien porque el poema nos quedó mutilado, bien porque así convenía a la manera romántica que Arboleda amaba, a pesar de su “clasicismo” tradicionalista...

Y aquí es bueno hacer una consideración de enorme interés:

En el poema, Gonzalo, “amparo” de los indios americanos, caballero ideal, *no lucha contra el despotismo legalista y violento de don Fernando, ni contra sus injusticias; no lucha contra el rival que le roba a su amada Pubenza, y que sin motivo legítimo lo pone fuera de la sociedad, y lo calumnia llamándole “traidor”, y lo persigue y pone a precio su cabeza...* ¡No! Gonzalo no lucha, como debe, sino que se retira a vivir en las selvas —penitente sin pecados que expiar—, solo, humillado, escarnecido!... Y quien sí lucha contra el tirano a quien ampara la santidad de la “ley”, es el “rebelde” y vengativo don Alvaro!... Detengámonos un poco en este punto, de tan singular sentido histórico y vital para nuestra América.

Arboleda, —español de sangre y por tradición, americano de nacimiento y en esperanzas— quiso que su *héroe* Gonzalo fuese el tipo ideal del caballero leal a su Rey, a su Patria y a su Dama, y que su *antihéroe* Alvaro fuese la encarnación de las “ambiciones bastardas” de que en su comentario nos habla don Miguel Antonio Caro. Pues bien: Quizá inconscientemente, Arboleda le dió a don Alvaro mayor grandeza y energía que a don Gonzalo. La paradoja es brillante: Nos parece que el poeta, con todo y a pesar de todo, se sentía más *americano* que español!

Veamos qué hace don Alvaro en el poema, y oigamos de sus propios labios las razones que lo mueven a levantar pendón contra el Rey de las Españas.

En primer lugar, don Alvaro busca una doble alianza, con los indios, por una parte, y por otra, con el inquietante pirata *bretón* Walter, "hombre en apariencia misionero"... , "raro peregrino" cuyo destino es "anarquizar el mundo", que les sirve a los rebeldes "en odio a España", y que, siendo "diestro en el mal, y para el mal nacido", ha venido a la América española con miras ocultas y siniestras.

Aliados don Alvaro y Walter contra el Rey de las Españas, tienen un proyecto de épica grandeza: la conquista, para ellos y para la libertad, de toda la América!

Solos, en la selva, don Alvaro y Walter contemplan el mapa del continente americano, con sus montañas riquísimas en maderas de construcción y en metales preciosos y útiles, y sus ríos de enorme caudal y sus inmensos lagos, propios todos para la navegación, y sus mares, que lo comunican con el resto del mundo... Y se exaltan los dos, y hacen votos de dominar a la América entera, y de construir en ella, no sólo grandes caminos que la crucen en todas direcciones, sino canales que comuniquen sus mares. Así habla don Alvaro:

"Ya de Colón el genio sin segundo,
De una idea profético inspirado,
Y de su audacia y su saber llevado,
Buscó un estrecho para unir el mundo,
Que paso entre los trópicos le diera
Y en uno los dos mares confundiera.
No existe, nó; pero en la tierra adentro,
No lejos del escudo de Veragua,
Manso se extiende el lago Nicaragua
Del istmo estrecho carcomiendo el centro,
Y arroja un río sobre el mar de Oriente,
Y enlázase al Managua hacia el Poniente.
Que nos sirva el Atrato, o ese lago,
Si al fin nuestro dominio establecemos,
Justo será que el sueño realicemos
De tanta dicha y de poder presagio.
Y que de Asia y de Europa el rico fruto
Pase, y pague al pasar, pingüe tributo".

Don Alvaro aspira a construir grandes astilleros en varios lugares de la costa del Pacífico, y quiere tener una armada, más que un ejército. Se siente atraído por el mar, que anhela someter a su señorío:

“Dueño del mar, de aquella ruta vasta,
Que al impulso recórrese del viento,
Deberé mi poder al movimiento.
Un puñado de fieles: eso basta;
Ese puñado, con honor, doquiera
Tremolará, triunfando, mi bandera.
Brazos me sobrarán. Ya con decoro
Al Italiano, al Portugués invito,
Y la nativa emulación excito
Con regia pompa, y con honores y oro,
Que así la ciencia me enviará su tropa,
Que los reyes desprecian en Europa”.

Realista, ambicioso, imaginativo, heroico es en verdad don Alvaro... Nada tiene que envidiarles a los grandes conquistadores del mundo, cuya técnica y cuya diplomacia conoce tan bien!

Sigue el “rebelde” hablando en detalle de las posibilidades y potencialidades de la América que quiere dominar, y exclama:

“¡Oh! parece que el Ande me adivina
Y ante mi voluntad el lomo inclina!”

“Todo es propicio aquí: las ensenadas,
Las islas protectoras y bahías,
Los esteros innúmeros, las rías,
Brindan seguro asilo a las armadas,
Que esperan de las selvas su sustento,
Y su fácil y rápido incremento”.

¡El mar!... ¡El mar!... Porque

“Poderoso auxiliar en su corriente
Tendrán el estadista y el soldado;
Porque este mundo, Walter, le domina
El primero que tenga una marina”.

.....

"El que domine el piélago profundo,
Y en su furor se extasie y se divierta;
El que poblando su extensión desierta,
Se adueñe de ese vínculo del mundo,
Ese, por las tormentas arrullado,
Tendrá en su diestra al mundo encadenado.
Y no será europeo, que sus reyes
Son muchos, fuertes son sus disensiones;
Se espían, se aborrecen las naciones;
Tienen distintos usos, varias leyes,
Y la unidad de acción y pensamiento
Es base del poder y su elemento".

.....

"Alega el rey de España sus derechos
A este nuevo y magnífico hemisferio!
¿Qué derecho tiene él sobre un imperio
Que han conquistado nuestros altos hechos?
Colón le halló, y a su hijo el grande hombre
Sólo legó sus grillos y su nombre".

.....

"Al fin aquel intrépido marino,
Pesar sintiendo en su cerebro el mundo,
Se abrió por entre el piélago profundo
A su creación fantástica el camino;
La halló; y mi padre, de Colón amigo,
Le vió morir la muerte del mendigo!
Sin embargo, mi padre generoso
Volvió a verter su sangre en esta tierra:
Por el Rey, para el Rey hizo la guerra:
Sacrificó familia, hogar, reposo,
Todo para ser muerto oscuramente,
¡Ay! y dejar la infamia en nuestra frente.
Sus canas, sus servicios, no pudieron
Redimir el honor del buen anciano.
¡Así nos paga el Español tirano!"

Como se ve claramente, don Alvaro —*antihéroe* del poema—, no se rebela contra su patria, ni contra su raza (ya vimos que "a sus padres ama aun más que trono, y vida, y dicha, y fama"), sino *contra la ingratitud del Rey, contra su injusticia*, manifiestas las dos no sólo en lo que hizo contra el Descubridor de América, sino contra quienes (como el pa-

195

dre mismo de don Alvaro y de don Gonzalo de Oyón) habían sacrificado “familia, hogar, reposo”, en tierras de América. Don Alvaro, en su “rebeldía”, se niega a reconocer el *derecho* que el Rey reclama para sí de dominar las tierras que el *pueblo español* ha conquistado con sus “altos hechos” de valor, de audacia, de abnegación, de resistencia y de perseverancia inauditas en la historia.

Esta actitud de don Alvaro se realza más en otra parte del poema. Al encuentro en que, a campo raso, en la oscuridad y de espada a espada luchan sin reconocerse al principio los dos hermanos de Oyón, y en el cual quedó herido y vencido, temporalmente, don Alvaro, sigue una disputa verbal entre los dos. Don Alvaro le explica a su hermano por qué ha levantado pendón contra el Rey de las Españas, por qué arde en ansias irresistibles de venganza: porque el Rey traicionó a Colón, y porque el Rey persiguió a los españoles que en Colón veían a un gran benefactor de España y de su raza, y entre aquéllos a don Gaspar de Oyón, que tan noble y gallardamente había luchado en América por el Rey. Y porque, allá en la Península,

“Veintitrés hidalgos (¡oh, qué hidalgos!)
Dijeron bajo santo juramento
Que de esta tierra espléndida el invento
No era obra del piloto genovés”...

y porque

“¡Oh vergüenza! esos actos oprobiosos
De ingratitud flagrante y cobardía
Los inspiraba el Rey, los protegía
Con una vil y sórdida intención”...

y porque don Gaspar de Oyón, hombre “sencillo, generoso, abierto”, compañero de los Pizarros en la conquista del Perú, de Quito y luego de Benalcázar, en la conquista de Popayán, había caído, calumniado y deshonrado por “esos malvados” que “con el foro y la ley sólo especulan”, y había sido condenado a muerte y confiscadas sus propiedades “en nombre del Señor de España”, y por “el asesino” que en Popayán

61

vivía, imperaba, castigaba y robaba sin piedad!... Don Alvaro, pues, lucha contra la "justicia" que se hace en nombre del Rey, y porque quiere hacérsela con sus propias manos de guerrero independiente. Así exclama:

"Yo soy hijo y soy súbdito; un delito
Me privó de mi padre, y fué maldito
El pueblo que lo quiso consentir.
Verdugos fueron jueces y testigos;
Mas cuantos el delito permitieron
A par de los verdugos delinquieron,
Y deben por sus crímenes morir!"

.....
"La autoridad, cuando en su nombre imperan
La envidia vil y la cobarde intriga
Es un mal, no es un bien; es la enemiga
Del hombre, y él la debe derrocar.
Contra los fuertes se inventó el Gobierno
Para dar protección al desvalido
Contra el malvado alevé y atrevido,
Para dejar al bueno descansar.

¿Mas quién se atreve a sostener que el hombre
Renunciase a su dulce independencia
Para entregar la cándida inocencia
Al perjurio, al falsario, al impostor?
Más vale la elevada tiranía
Que ejercen los valientes con la espada,
Que esta coyunda vil que nos degrada
Haciendo al más cobarde el opresor".

Y en seguida, en un arranque democrático, revolucionario y americano, don Alvaro invita a su hermano a que lo siga en su lucha contra el Rey y sus Tenientes, contra la "informe" y "gastada" máquina de la monarquía, que deben destruir, y "otra nueva" alzar "sobre cimientos sólidos", en el "mundo virgen" americano, donde conviene elevar un "monumento a la filial piedad", y erigir "un trono a la justicia". Y es elocuente, animoso, inflexible: "¡Vén!" —le dice:

... "los jueces no lidian. Esas hienas
Togadas, sólo con la pluma tratan:
Cuando ellos nos deshonran y nos matan,

197

Es porque está a cubierto su maldad.
Los jueces son invulnerables. Ellos
No tienen quien los hiera ni los veje:
Si el malo los corrompe y los protege,
Los tolera la imbécil sociedad”.
“Vén, vén hermano! La virtud vencida,
Mísera y pobre por la tierra vaga,
Mientras el mundo en su abyección halaga,
Premia y corona al crimen vencedor”.

.....

Las razones de don Alvaro—que serían las de tantos otros soldados y colonos del pueblo a quienes aniquilaron mil veces los togados y burócratas que con el Rey de las Españas administraban *sus* posesiones de América, que aquéllos regaban con su sangre—no convencen a don Gonzalo el *héroe* quijotesco del poema... Al contrario: don Gonzalo sigue siendo leal al Rey, en cuyo nombre lo persiguen; a su dama (Puzenza) y a quien un Teniente del Rey maltrata y humilla; a su patria lejana... que gime dolorida entre las garras de una burocracia que se precia de hidalga y valiente, y sólo es togada, envidiosa, cobarde e injusta.

¿Y qué razones alega a su turno don Gonzalo para explicar su lealtad conmovedora, patética y sublime? Varias, que pueden sintetizarse en una palabra: ¡Dios!

No cree don Gonzalo que puede ser “justa” la *rebelión* de su hermano por más que se vea éste perseguido por la llamada justicia del Rey y su representante en Popayán. Porque don Alvaro “no tiene derecho” para hacer causa contra el Rey, en compañía de un pirata inglés enemigo de los españoles, y en la de una “turba de sacrílegos bandidos que al resplandor de la incendiaria tea, en salvaje algazara se recrea con esa sangre en que embriagada va...” Gonzalo no puede ni siquiera imaginar que con esos elementos podrá su hermano vengar la muerte de su padre:

.....“Con traidores
No se lava el honor amancillado,
Ni se reforma el hombre. Tú inmolado
Serás de esos malvados al furor.”

63

Así arguye, magníficamente, el caballero. Y continúa:

“¡No! Jamás el delito regenera;
Que está en el cielo y en la tierra escrito
¡Ay! que el delito engendrará delito,
La infamia infamia, la traición traición!

Y aunque logres vencernos, nunca, hermano,
Conocerás la paz ni la ventura:
Dolor interminable, honda amargura
Tus hechos y doctrinas brotarán.
Los que a vencer por interés te ayuden
También por interés te harán la guerra,
Y aspirando al dominio de la tierra,
Como calculas tú calcularán.

Y se equivocarán, cual se equivoca
El hombre siempre, en su opinión falible;
Y en desorden satánico y horrible,
La ambición empujando a la ambición,
A la envidia la envidia, el lucro al lucro,
Y el egoísmo torpe al egoísmo,
La sociedad sin fe, sin patriotismo,
Hervirá en loca, eterna confusión.

En caos espantoso, donde el crimen
Con que pretendes dominar el mundo,
Será tan sólo en crímenes fecundo,
Tanto que de tus obras temblarás,
Y en lugar de juntarse, separados
Los pueblos por la fuerza del delito,
Cada cual contra ti lanzará el grito
Que con tu ejemplo autorizado habrás”.

.....

.....“No pienses que a la lumbre

.....

De sacrílega espada parricida
Cobre vigor la sociedad herida;
Al vicio le corrige la virtud:
La virtud, que redime y no esclaviza”.

.....

Y como don Alvaro le pregunta: ¿qué es virtud?, contesta:

—“El sacrificio
Del yo por los demás: el santo olvido
Que hace del hombre calumniado, herido,
Un héroe en el amor y en el perdón”,

para ganar así

.....“la dicha
De todas las naciones, que se extiende
Como el ejemplo se propaga, y prende
El bien de corazón en corazón...

Eso es virtud: el interés no dicta
¡Sér mártir y hacer bien! Tal es la santa
Ley del linaje humano redentora:
Imitar la paciencia bienhechora
Del que bajó a morir por la verdad,
De su alto ministerio el ejercicio;
Ella se da a sí misma en sacrificio
Y muere por salvar la humanidad”.

Don Alvaro quiere saber quién premia el dolor de los leales que sufren y luchan como su hermano, y éste responde: ¡Dios!

.....“La humanidad se postra
A adorar el poder, no la virtud!
Sé que al brillo del oro, y al reflejo
De la grandeza, múdanse los hombres
Y a los delitos dan brillantes nombres
Que engañan a la imbecil multitud.

Porque todo es mentira acá en la tierra:
Nos miente la criatura a quien amamos,
Miéntenos los objetos que miramos,
Nos miente y nos engaña el corazón.
Miéntenos la esperanza que nos guía,
Nos miente la lisonja y nos acecha,
Miéntenos la venganza, aun satisfecha,
Nos miente, aun victoriosa, la ambición”.

.....

"El poder no es justicia, aunque los hombres
Al vencedor adulen"...

Empero, las sublimes razones —quijotescas— de Gonzalo no convencen a don Alvaro, de la misma manera que las de éste —tan realistas— no convencen a aquél: los dos hermanos viven en mundos diferentes y tienen dialécticas opuestas, idealista la una, la otra materialista, y su conflicto es eterno. Y sin embargo, al seguir debatiendo la cuestión, don Gonzalo menciona a su madre *María*, y el filial recuerdo conmueve profundamente a su hermano, tan profundamente, que se suspende el debate, y continúa la acción del poema, con sus batallas, sus visiones, etc., para llegar a su "final" (?), en una escena de hondísima ternura: el "satánico" don Alvaro se retira definitivamente del campo al ver que *María* llora por la suerte de los dos hermanos...

Sin duda alguna, *María* es, como los otros, un personaje simbólico que tiene el poder de *hermanar* las fuerzas opuestas que encarnan en don Gonzalo y don Alvaro, identificándolas en su origen y su destino, y dándoles virtualidad creadora aun en medio del conflicto. ¿Será este personaje el símbolo de la hispanidad misma, o tendrá relación con el culto *mariano* que persigue en su trayectoria histórica?

A España y a la América les corresponde contestar esta pregunta.

* * *

"Si se atiende a su acción —dice Menéndez y Pelayo, siguiendo en ésta como en otras opiniones a don Miguel Antonio Caro—, obscura en la historia y de interés muy secundario en la conquista de América, el *Gonzalo de Oyón* más bien merece el título de leyenda o de novela en verso, como algunas de Walter Scott, que el de poema épico en el sentido clásico", y "aunque en algunas cosas se aparta del tipo de los poemas italianos, en muchas otras los recuerda, y para leyenda resulta demasiado largo y solemne".

Considerando pues las rígidas categorías de la preceptiva, el *Gonzalo de Oyón* no es novela, ni leyenda, ni poema épi-

co... ¿Qué será esta mutilada obra, cuyo sentido quisiéramos conocer a ciencia cierta?

En el *Gonzalo de Oyón* usó el poeta de varios metros y formas estróficas. En la narración impera la octava rima en dos distintas formas: una, la clásica y tradicional, la octava italiana de Ariosto y del Tasso, "que Arboleda maneja con singular gallardía", y otra romántica, compuesta de dos cuartetas, sin más enlace que el de los finales agudos: es la octava que hemos llamado *bermudina* en América, por haberla usado con mucha gala y muy a menudo el poeta español don Salvador Bermúdez de Castro, que no fué su inventor: es una estrofa lírica de "engañosa facilidad" y muy propensa al amaneramiento, y que, "si algún ejemplo pudiera redimirla, sería ciertamente el del *Gonzalo de Oyón*". En otras partes del poema, Arboleda usó de sextinas, y aun de cuartetas en esdrújulos, que amaron los románticos de aquende y allende el mar...

El poeta fué libre en la escogencia de la materia del poema, los personajes, las situaciones, y las formas métricas. Y fué más lejos:

Si en ocasiones se esmera en la pintura animada, dramática, fiel y seductora de algunos incidentes, o en la colorida y leal de la naturaleza ambiente, no se niega a hacer que en la acción dramática tomen parte figuras alegóricas y sobrenaturales, ni titubea al echar mano de toda clase de elementos, visiones fantásticas, apariciones, y demás del arsenal romántico, porque

"Si las vagas visiones de la mente
Nos parecen ensueños y quimeras,
Esas sombras errantes, pasajeras,
Forman parte también de la Creación".

Y como la tragedia se cierne sobre todos los personajes y situaciones del *Gonzalo de Oyón*, resulta éste algo menos que epopeya... un drama descriptivo, lírico y épico, algo en parte semejante a los dramas griegos donde la sombra de un destino inexorable revuela en torno de los héroes y las cosas.

Contiene el *Gonzalo de Oyón* muchos versos débiles, frases prosaicas, pasajes incorrectos, y reflexiones que a veces

201

67

pecan de vaga y vana palabrería... Pero contiene también mil rasgos de feliz ingenio y brillante imaginación; dicción pura, fácil; versos melodiosos, y sentencias expresivas, metálicas, penetrantes... Y principalmente, muy notables descripciones, entre las cuales se distinguen y han logrado mucha fama la del caballo y la del duelo —espada a espada— que tienen don Alvaro y don Gonzalo, tan valiente, vigorosa, vívida e impresionante. Arboleda, como dice Isaac J. Barre-ra, al expresar en su poema “la inquietud vivaz de su espíritu”, logró crear “ciertos rasgos esenciales de un romanticismo que influyó notablemente en su patria y en buena parte de América”.

* * *

Mucha razón tuvieron Caro y Menéndez y Pelayo al afirmar que el *Gonzalo de Oyón* es “el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica”, y ninguna tuvo Cejador y Frauca para no aceptar esa afirmación que *limita y clasifica* la obra de Arboleda, sin quitarles valor a otras, tales como el *Tabaré* y *La cautiva*, que son de índole diversa, como todos lo sabemos, y que en realidad no pueden llamarse “narraciones épicas”.

Al emitir su opinión, Caro y Menéndez y Pelayo, aparentemente, pasaron por alto *La Araucana*, de Ercilla, sin duda por considerarla obra de “ingenio español”, que no americano, y pasaron por alto el *Martín Fierro* —que ellos admiraban muy sinceramente— quizás porque el poema argentino no es precisamente una “narración” y porque, siendo esencialmente popular, no sigue las normas “clásicas” de las epopeyas modernas a la italiana.

Mas no se crea que Caro y Menéndez y Pelayo le daban más importancia, como *poema épico*, al *Gonzalo de Oyón* que a *La Araucana*, obra para ellos *española*, a pesar de estar henchida de cierta inconsciente americanidad que brota, no sólo de las descripciones de la naturaleza chilena —no muy *sentida* por Ercilla—, sino que también de la caracterización de los indios araucanos a quienes el conquistador poeta supo de veras respetar por la virtud, la dignidad, la fiereza y el “pa-

triotismo" con que lucharon. Lo que hay es que, por razones de conveniencia, tanto Caro como su amigo Menéndez y Pelayo a menudo llaman "español" a todo autor anterior a la guerra de la independencia y nacido en la Península o en América, y llaman "americano" a todo autor nacido en América después de dicha guerra "civil", sin cuidarse de si eran argentinos, colombianos o mexicanos... Para el amplio y noble patriotismo de los dos príncipes de la crítica española, lo "español", antes del Siglo XIX, era tanto lo de allende como lo de aquende el mar, y después, lo "americano" era todo lo comprendido entre California y el Estrecho de Magallanes.

Razón tuvieron Caro y Menéndez y Pelayo al considerar el *Gonzalo de Oyón* superior, como "narración épica", al *Tabaré* de Zorrilla de San Martín y a *La cautiva* de Echeverría.

Tabaré (1888) parece "bella serie de poesías líricas, en las cuales la acción se va desenvolviendo" en un ambiente admirablemente sentido por el autor, como nos lo dice don Juan Valera. Envuelta en velos misteriosos—de origen becqueriano—, aparece allí la figura del mestizo Tabaré y "queda siempre en esfumada indeterminación lírica"... Y aunque el final del poema es trágico y sombrío y está escrito en versos de "un brío gráfico y fantástico", no deja aquél de ser más lírico que épico, y más descriptivo que narrativo. El *Gonzalo de Oyón*, en cambio, es épico casi siempre, y sus figuras centrales, don Alvaro y don Gonzalo, son precisas, plásticas, que se ven y se tocan y tienen contornos bien destacados, aun a pesar de que, en algunas ocasiones, se ven como Tabaré envueltas en luces de orden sobrenatural.

La cautiva de Echeverría, "leyenda trivial en la concepción, pobre y apenas rasguñada en la forma"—como opina José Enrique Rodó—, es nada más que un bosquejo en el cual la acción dramática vale muy poco, aun si se la compara con sus descripciones, que no tienen la fuerza bravía de las famosas del *Martín Fierro*. El autor de *La cautiva* carecía de genio épico y su leyenda,—que tiene algunos méritos indiscutibles— es, como narración épica, bastante inferior al *Gonzalo de Oyón*, cuyo autor no sólo poseía ese genio, sino que lo expresaba, y no sólo en sus poemas, con la pluma, sino

en la vida, con su espada de caudillo invicto, en la época más animada, dramática y guerrera en la existencia de su patria colombiana.

Verdad es que Arboleda, en ocasiones, trae a su poema reflexiones e ideas (¿frías, señor Cejador y Frauca?) de orden ético, social, político y teológico, que interrumpen la acción a veces y otras disminuyen el *tempo* de su movimiento. En cambio, en la narración, y en la descripción, el poema supera en brío, en fuerza épica, en objetividad y en colorido a todos los demás ensayos americanos del Siglo XIX.

* * *

Grande lástima fué que Arboleda, el poeta soldado, no hubiese podido dejarnos concluido su *Gonzalo de Oyón*. Noble, culto, entusiasta, inteligente y dotado de viva imaginación, don Julio quiso dejar en su obra su propia filosofía de la conquista de América por los españoles, y quiso señalar para siempre el destino del Nuevo Mundo, que entreveía en el Misterio, gracias al dón poético supremo de su intuición... Empero, don Julio nació y vivió bajo el Signo de América, y su poema, como él mismo, nos quedó mutilado, y en sus octavas clásicas, y en sus *bermudinas* musicales, sólo percibimos el trágico aliento que anima el Continente de la libertad. El Continente que anhela vivir en orden y bajo el imperio de la ley, sin renunciar a los fueros eternos del individuo y del espíritu.

En Revista

IBEROAMERICANA -

1939

~~Señalado por~~
CARLOS GARCÍA-PRADA,

University of Washington,
Seattle, Wash.

OBRAS CONSULTADAS

Arboleda, Julio:

Acentos republicanos (Discursos). Popayán, 1850.

Ed. Bogotá, Biblioteca Popular, N° 96.

Al Congreso Granadino (Discurso). Popayán, 1851.

University of Washington
Seattle, 5, Wash.
29 de enero de 1946

Sr. Daniel Cosío Villegas
Fondo de Cultura Económica
Pánuco 63
México, D. F.

Muy querido amigo:

Recibí su carta del 9 del corriente, y pocos días después los sesenta ejemplares de mi libro ESTUDIOS HISPANOAMERICANOS que usted tuvo a bien enviarme como obsequio al autor. Muchísimas gracias.

La impresión que me ha dado la obra es muy satisfactoria. Sin embargo, al leerla hallé unas cuantas erratas, algunas de las cuales alteran el sentido del original, o si no, lo dejan incompleto. Por esta razón me permito incluirle una FE DE ERRATAS, y señalo en ella las más importantes. Si el libro no ha entrado en circulación, le agradecería muchísimo que hiciese imprimir esta FE DE ERRATAS, para incluirla en hoja volante en el libro. Yo haré a mano las correcciones necesarias en los ejemplares que usted me envió.

...

En setiembre me dijo usted en carta que tengo aquí que el libro estaría impreso pronto, y como yo ando siempre en correspondencia con don Francisco Monterde, a causa de la publicación de la REVISTA IBEROAMERICANA, le supliqué que escribiese una reseña de él, si le parecía bien. Me contestó entonces que tenía conocimiento de la impresión del libro, y de que no lo había hallado en las librerías. Eso es todo, y mucho lamento que a usted le haya causado mala impresión este suceso.

....

Sigo interesado en los CLASICOS DE AMERICA, y espero que usted me diga algo definitivo sobre el particular, si le parece conveniente, y se lo agradecería mucho.

Lo saluda muy cordialmente,

Paulo García Prada

*mandar al Colegio;
que es la del corrector
don Juan Casanova y que
mande a hacer la
fe de erratas*

UNIVERSITY OF WASHINGTON
DEPARTMENT OF ROMANCE LANGUAGES AND LITERATURE
SEATTLE 5

10 de octubre de 1951

Señor don
Alfonso Reyes
El Colegio de México
México, D. F.

Mi muy distinguido amigo:

Por la presente me dirijo a usted para enviarle un saludo muy respetuoso y cordial y hablarle de dos proyectos de publicaciones, con la esperanza de hallar su apoyo y despertar su interés.

En primer lugar, el libro intitulado "Argentine Nationality", del Dr. Alfred Coester, cuyo índice le incluyo.

Como verá, se trata de un libro escrito en inglés por uno de los más entusiastas y autorizados hispanoamericanistas de los Estados Unidos, el Dr. Coester, de la Universidad de Stanford. Es muy completo, y arroja mucha luz sobre la vida, la historia y la cultura argentinas, y el Dr. Coester desea verlo traducido al castellano y publicado en México, seguro como está de que tendrá muy buena acogida entre todos los hispanoamericanos. Así lo creo yo también, y por eso deseo saber si al Colegio de México le interesa o no hacer la traducción y puede encargarse de su impresión y distribución. El Dr. Coester está dispuesto a comprar un gran número de ejemplares si logra publicar allá el libro.

Y en segundo lugar, mis dos libros: "Prosas escogidas de González Prada" y "Poesías selectas de González Prada", que deseo ver publicados juntos, porque los dos se complementan muy bien, logrando dar la estampa entera y definitiva del gran escritor peruano.

Cada libro lleva una "Introducción" escrita por mí; selecciones muy cuidadosas -de prosa y verso; Notas explicativas y de erudición, y notas

UNIVERSITY OF WASHINGTON
DEPARTMENT OF ROMANCE LANGUAGES AND LITERATURE
SEATTLE 5

-2-

bibliográficas. Todo muy esmerado.

En 1940 hice yo, para los CLASICOS DE AMERICA que usted conoce, la edición de la "Antología poética" de González Prada, que está agotada y recibió muy buena acogida del mundo erudito hispanoamericano. El nuevo libro, "Poesías selectas", es superior al primero, porque la selección es mucho más cuidadosa y de menor extensión, y por ello me animé a editar también "Prosas escogidas", que contiene 20 trabajos pradianos de primer orden, de los 29 que Alfredo González Prada, hijo de don Manuel, había seleccionado con la intención de hacer la antología definitiva de las prosas de su padre, que él conocía tan bien.

A mí me parece que el Colegio de México -hogar de toda noble intención hispanoamericana e hispanoamericanista- es el llamado a hacer la publicación de estos dos manuscritos, que tan bien presentan y honran al gran aspóstol del Perú, y por eso quiero someterlos a su muy digna consideración. Si al Colegio le interesan, yo se los cederé con el mayor gusto y a mucha honra, pidiéndole en recompensa por mi esfuerzo sólo cincuenta o setenta ejemplares de cada libro, y dándole al Colegio entera libertad para la distribución de las dos ediciones y los derechos respectivos para el usufructo de las mismas.

En espera de sus noticias, y de una benévola acogida a mi propuesta, quedo de Ud., como siempre,
Su admirador y amigo,

Carlos García-Prada

Carlos García-Prada
University of Washington
Seattle 5, Wash. -U.S.A.

ARGENTINE NATIONALITY
Its historical and literary expression

Table of Contents

Chapter

- I. Discovery of the Rio de La Plata
- II. Pedro de Mendoza, First Adelantado
- III. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Second Adelantado
- IV. Ulrich Schmidel's Narrative
- V. Colonization
- VI. Romantic Stories in the Poem La Argentina
- VII. The Spiritual Conquest
- VIII. The Eighteenth Century
- IX. Cultural Beginnings
- X. The English Invade the Rio de La Plata
- XI. El Sol de Mayo
- XII. Mariano Moreno
- XIII. The Triumvirate
- XIV. Libertad, libertad, libertad!
- XV. The Declaration of Independence
- XVI. Juan Martín de Pueyrredon
- XVII. The Brazilian Portuguese occupy Montevideo
- XVIII. Pueyrredon is tired
- XIX. Three Governors in One Day
- XX. Bernardino de Rivadavia
- XXI. Juan Manuel de Rosas, Big Business Man
- XXII. Esteban Echeverría, Nationalistic Poet
- XXIII. Esteban Echeverría, Argentine Sociologist
- XXIV. New Troy
- XXV. Emancipated Literature
- XXVI. Justo José de Urquiza and the Argentine Confederation
- XXVII. Bartolomé Mitre, President of the República Argentina
- XXVIII. Domingo Faustino Sarmiento
- XXIX. The Literary Gaucho
- XXX. Martín Fierro, Symbolic Gaucho
- XXXI. President Avellaneda federalizes Buenos Aires
- XXXII. Olegario Andrade, Prophet of Argentine Greatness
- XXXIII. The Era of the Gringo Begins
- XXXIV. "El Gringo" Pellegrini becomes President
- XXXV. Cosmopolitanism versus Nationalism
- XXXVI. Prosperity with General Julio Argentino Roca
- XXXVII. The National Theater
- XXXVIII. Ricardo Rojas and argentinidad
- XXXIX. José Ingenieros and the Invasion of European Ideas
- XXXL. Nationalistic Novels
- XLI. Radical Presidents Irigoyen and Alvear
- XLII. Colonel Juan Peron President

México, D. F., 19 de octubre de 1951.

Sr. Prof. don Carlos García Prada,
University of Washington,
Seattle 5, Washington,
U. S. A.

Muy distinguido señor Profesor:

Contesto las líneas que en 10 de octubre ha dirigido usted a don Alfonso Reyes, Presidente del Colegio de México, por encontrarse él todavía enfermo, aunque ya en franca convalecencia, tras un último ataque cardíaco que lo obligó a recluirse en el Instituto Nacional de Cardiología. Los médicos le tienen aún prohibido ocuparse directamente de su correspondencia.

Aunque los proyectos de que usted habla son singularmente tentadores, por desgracia las limitadas posibilidades editoriales del Colegio de México (que, como usted sabe, no es propiamente una empresa editorial) impiden durante un par de años el contraer compromisos ajenos a las labores de investigación que se emprenden en el seno del mismo. En tales condiciones, se me ocurre que sería muchísimo mejor que usted se dirigiera al Fondo de Cultura Económica, con quien tiene usted ya anteriores relaciones.

Aprovecho la ocasión para ofrecerme a sus órdenes como su atto. amigo y s. s.

Lic. Manuel Calvillo.
Secretario.

UNIVERSITY OF WASHINGTON
Department of
ROMANCE LANGUAGES AND LITERATURE
SEATTLE 5

869

2 de noviembre de 1951

Lic. Manuel Calvillo, Secretario
El Colegio de México
Nápoles 5, México, D. F.

Muy distinguido señor:

En mis manos su muy atenta del 19 de octubre, en la cual me manifiesta que el Colegio de México no está en condiciones de editar los libros de que le hablé a don Alfonso Reyes en mi carta, y me da cuenta de la enfermedad de que él ha padecido recientemente, y de la cual se halla ya en franca convalecencia.

Mucho me impresionó la noticia de la enfermedad de don Alfonso, y por lo mismo me valgo de la presente para enviarle mi saludo muy afectuoso y mis mejores deseos por su completo restablecimiento.

En cuanto a los libros, trataré de hacer lo que usted me aconseja en relación con el Fondo de Cultura Económica, no sin darle a usted y al Colegio la expresión de mi agradecimiento.

De usted atto. y s. s.

Carlos García-Prada

Carlos García-Prada

lilms

Seattle, Washington
January 19, 1955.

Alfonso Reyes, Director.
Colegio de México,
Sevilla 30, México, D. C.

Dear Mr. Reyes:

Am writing to you on advice of Professor Carlos Garcia Prada of the University of Washington.

I have translated from Russian into Spanish some ninety-two poems, (approx. 126 pp.) of the 12 following authors:

- A. Pushkin (1799-1837)
- M. Lermontov (1814-1841)
- A. Maikov (1821-1897)
- A. Fet (1820-1892)
- M. Voloshin (1877-1932)
- A. Blok (1880-1921)
- N. Gumilev (1886-1921)
- A. Akhmatova (1888--)
- B. Pasternak (1890--)
- S. Esenin (1895-1925)
- G. Ivanov (1894--)
- K. Simonov (1915--)

Also have short biographies and critical sketches, a preface and 12 extra-fine portraits of the authors, some reproductions of famous paintings.

The majority of the poems, as far as I know, will appear in Spanish translation for the first time.

Professor Garcia Prada thinks that the anthology thus compiled might be of great interest to the Spanish America and therefore urged me to get in touch with you

in regard to the possibility of your accepting my
manuscript for publication.

Upon a favorable reply from you will forward
immediately all the material concerned.

Sincerely yours

Vera Vinogradova

Mrs. N.N. Vinogradova
6518, 34 Ave N. E.
Seattle, 15, Wash.
U. S. A.

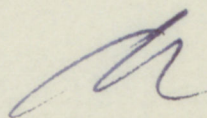
México, D. F., 22 de enero de 1955.

Mrs. N. N. Vinogradova,
6518, 34 Ave. N. E.
Seattle, 15, Wash.
U. S. A.

Muy estimada señora:

Recibo su carta del 19 del actual. Supongo que el Prof. García Prada ha incurrido en una confusión. Soy Presidente del Colegio de México, que no es una casa editorial. Los trabajos que aquí elaboramos son publicados y distribuidos por el Fondo de Cultura Económica, que sí es una casa editorial. Creo que es a éste a quien debe usted dirigirse: Director, don Arnaldo Orfila Reynal, Av. Universidad 975, México 12, D. F. Me parece, en efecto, que el tomo que usted propone es de mucho interés para las letras hispanoamericanas.

Muy suyo atentamente.



Alfonso Reyes
Presidente.

AR/ja.

REVISTA HISPÁNICA MODERNA

CASA HISPÁNICA, COLUMBIA UNIVERSITY
435 WEST 117TH STREET, NEW YORK CITY

Director: FEDERICO DE ONÍS

These clippings, which are sent to you with the compliments of the Editor, appeared in Vol. ~~XII~~, No. ~~3-4~~ of the Revista. Special review is made of books sent us. Advertising rates: Full Page \$20.00, Half Page, \$12.00, Quarter Page, \$8.00, Eighth Page, \$5.20.

CARLOS GARCÍA-PRADA. *Estudios Hispanoamericanos.* México, El Colegio de México, 1945, 342 págs.

Reúne aquí el profesor García - Prada varios nutridos ensayos y un buen grupo de reseñas de libros. Una preocupación señorea todos los trabajos: fortalecer una hispanoamericanidad literaria vital, destruir la concepción regional estéril y suicida. Sus más visibles méritos son el amor por sus temas y la sinceridad de su juicio. Nunca estorbado por pasiones de ninguna especie. Quizá los trabajos más interesantes son los que se refieren a José Asunción Silva, a Guillermo Valencia, a Manuel González Prada, a Porfirio Barba Jacob, a Germán Pardo García. Es curioso que en García-Prada son igualmente vivos la devoción por la poesía como el entusiasmo por el ensayo; aunque sin duda llega a sus autores por aquélla.

Libro de estudio y de información hispanoamericana, escrito por quien mira a América en su conjunto desde los Estados Unidos, gustará e interesará a estudiosos profesionales y a aficionados.—A. I.